

MI CAMINO DE SANTIAGO 2004

(Bruno Leonés)

DE NUEVO EN MARCHA

De Santander a Santiago

PRÓLOGO

Al comienzo del relato de mi tercera peregrinación me preguntaba cuántas veces había que hacer el camino hasta quedar satisfecho. En aquel momento iniciaba el relato de una repetición del camino y sentía que no había terminado, que seguía en marcha y con ganas de continuar. Hoy, dos años y dos caminos después, más cuatro etapas invernales durante las pasadas vacaciones de Navidad, siento que podría formular la misma pregunta y dar la misma respuesta. Sigo sin saber cuantas veces se ha de hacer el camino hasta quedar satisfecho y ahora, como antes, o quizás más que antes, siento que continúo en marcha y con muchas ganas de volver. La fiebre del peregrino tiene mal remedio, bueno, eso si tiene alguno.

Acabo de regresar de Santiago. Durante dieciséis días caminé desde el amanecer hasta la tarde, y a veces hasta la noche, por montes y algunos llanos, por laterales de carretera y sendas entre los campos, solitario o en compañía, pero siempre con la enorme alegría de estar allí, al aire libre, con la mochila a la espalda, una lejana meta por delante, el cielo arriba y los guijarros bajo los pies. Una vez más el sueño de mil años de alcanzar el sepulcro del Apóstol se ha convertido en realidad y una vez más he experimentado el maravilloso cúmulo de sensaciones únicas que sólo quien ha conocido las fatigas, las penas y las alegrías de una peregrinación a pie y sin ayudas puede comprender

En esta ocasión abandoné el tradicional y muy querido Camino Francés y emprendí la marcha en Santander a orillas del Cantábrico. Quería conocer un camino nuevo no carente de encanto ni de historia y que en las presentes circunstancias, año santo, tenía el atractivo de una previsible menor densidad de peregrinos en relación con el camino clásico. Estaba seguro de que la peregrinación por tierras de Navarra, La Rioja, Castilla León y sobre todo Galicia sería algo muy diferente a lo conocido en ocasiones anteriores y no quise correr el riesgo de ver convertido en motivo de sufrimiento y malhumor lo que en todas las ediciones anteriores lo había sido de satisfacción y alegría. Ahora que todo ha terminado y de regreso a la vida cotidiana puedo evaluar los resultados, creo que he acertado y que, como siempre, he encontrado menos de lo esperado en algunos aspectos y más en otros. Afortunadamente la vida y desde luego el camino no dejan nunca de sorprendernos y ello les sigue haciendo apasionantes.

Durante todo un año esperé el camino. Durante once meses me entrené a fondo por medio de una carrera diaria, a las seis y media de la mañana, de unos seis kilómetros, y a lo largo de todo ese tiempo seguí perfeccionando la organización y el equipo. El resultado fue que cuando el veintiuno de Julio me encontré en la estación de Chamartín a punto de tomar el tren nocturno que me dejaría en Santander, estaba en plena forma, lleno de ilusión, enteramente confiado y con la certeza de tener por delante unos días maravillosos. Las previsiones, debo de reconocerlo, no fallaron. Los días transcurridos entre el veintidós de Julio y el seis de Agosto, han sido de los más felices de mi existencia.

Una vez más he caminado bajo las estrellas, seguido tramos interminables de asfalto, descendido y ascendido sendas cubiertas de vegetación, atravesado pueblos y aldeas entre ladridos de perros y curiosidad mal disimulada de sus habitantes, sentido un sol de fuego quemarme la piel, sufrido el peso de una mochila necesariamente grande, padecido el dolor de músculos y articulaciones, percibido la presencia de millones de peregrinos que a lo largo de siglos habían recorrido el mismo camino persiguiendo el mismo ideal, sentido el fuego de las

ampollas en la planta de los pies, disfrutado de una libertad total en medio de la naturaleza y la historia, convivido con peregrinos de la más variada procedencia y finalmente he contenido con dificultad las lágrimas que pugnaban por asomar a mis ojos cuando en compañía de Paloma, mi mujer, alcancé la sin par Plaza del Obradoiro una preciosa mañana de sol.

La quinta peregrinación, primera por la ruta del Norte, ha concluido. La sexta, aún no sé muy bien cuando ni por qué ruta, ha comenzado. Si causas de fuerza mayor no se oponen a ello volveré al camino y volveré a llegar a Santiago, quien es peregrino de verdad lo es para siempre.

1ª Etapa

Santander-Santillana del Mar. 44.1 Km

22 07 04 Jueves.

El tren, un expreso nocturno, me dejó en la estación de Santander a las siete y veinte de la mañana, unos minutos antes de lo previsto, detalle a agradecer a la RENFE. La noche había sido de descanso pues a pesar de las dificultades propias de la falta de espacio el departamento era confortable, el ruido no excesivo y la temperatura adecuada. Además llegaba algo cansado. El viaje se había iniciado en Mons, Bélgica, a veinte kilómetros al norte de la frontera con Francia, dos días antes a las dos de la tarde. Tras conducir más de seiscientos kilómetros había dormido al norte de Burdeos y continuado viaje hasta Madrid a donde llegué a las tres de la tarde del día siguiente. En Madrid tuve el tiempo justo para preparar la estudiadísima mochila y salir para la estación de ferrocarril así que tras la frugal cena había caído en la escueta cama y dormido toda la noche de un tirón. Un desayuno de camino -Nescafé con leche condensada y pastas- preparado en el departamento con el hornillo de gas, fue cuanto necesité para salir del tren ya en condiciones de iniciar la marcha sin más trámite.

No conocía Santander. Había estado allí en 1959 con ocasión del primer campamento al que había asistido, y en el que nació la afición a las actividades de campo y montaña que nunca abandoné, pero no recordaba de la ciudad nada que pudiera ser útil. Enseguida tuve que recurrir a preguntar a los transeúntes por el camino y la ubicación del refugio de peregrinos para sellar la credencial y sin dificultad conseguí entrar en ruta.

Unas adecuadas indicaciones permitieron llegar al cercano refugio, un piso, y en él conseguí sellar la credencial. Un peregrino, algo retrasado dada la hora, se preparaba también para iniciar la marcha.

-¿Empiezas aquí el camino? -Pregunté.

-No, ya llevo unos días.

-¿Hay más gente en el refugio? -Dije sorprendido de que hablara en un tono bajo como no queriendo molestar.

-Sí, hay algunos que duermen aún.

-Pues sí que se lo toman con calma. -Añadí a la vista de la hora.

Las flechas llevaban en primer lugar a un edificio de piedra maravillosamente cuidado en el que se notaban varias fases de construcción: la catedral. Una catedral sorprendente, pesada y maciza como nunca había visto. Entré en ella y lo bajo de techos y el espesor de las columnas hacía pensar más en una catacumba que en una catedral tradicional. Recorrí la nave central y con el pensamiento puesto en cuantos estaban al tanto de mi peregrinación medité unos minutos ante un impresionante Cristo que presidía el altar. Iniciaba el camino, como tantos millones de peregrinos, tenía por meta igual que ellos el sepulcro del Apóstol y lo mismo que ellos habría de vencer muchas dificultades antes de llegar, necesitaba toda la ayuda que pudiera conseguir para no desfallecer en la empresa. Esperaba conseguirlo pero sabía que no todos los factores estaban bajo control, ni muchísimo menos.

Salí de nuevo a la calle, ya estaba en marcha, el camino comenzaba de verdad y lo hacía a través de una avenida peatonal y un amplio paseo cubierto por las ramas de frondosos árboles. Tomé varias fotos, por primera vez llevaba una cámara numérica compacta con dos unidades de memoria lo que daba la posibilidad de tomar una cantidad prácticamente ilimitada de fotografías.

En una rotonda se presentó la primera duda seria. El único cartel indicador advertía que el camino no seguía la prolongación de la avenida pero no había ninguno que indicase la correcta dirección. Nueva consulta y sin mucha convicción inicié un largo descenso hacia las afueras de la ciudad. Aquello no tenía buen cariz. La carretera se prolongaba y no aparecía una sola señal indicadora de que estuviera en el buen camino, a la vista de lo poco atractivo del lugar la posibilidad de tener que desandar lo andado era cuanto menos desagradable. Un paisano al que consulté confirmó que el siguiente pueblo era Peñacastillo así que continué adelante y muy pronto apareció el rótulo correspondiente. Un primer tramo de asfalto sin flechas quedaba atrás.

En Santa Cruz de Bezana volví a preguntar y dos amables vecinas pudieron encaminarme en la buena dirección que no estaba indicada en ningún sitio. Empecé a caminar entre viviendas. A derecha e izquierda de la carretera había pequeñas casas unifamiliares con sus jardines y sus perros ruidosos y molestos. Desde luego aquello no era el camino que todos buscamos pero ya la guía Aguilar lo había advertido. Según decía, la franja costera era demasiado reducida para acomodar las viviendas, las autopistas, las vías férreas, las industrias y todos los elementos propios de nuestro mundo desarrollado. Al igual que el peregrino medieval tuvo que convivir con el peligro representado por los despoblados de su tiempo el moderno lo hacía con el de las zonas superpobladas de los presentes.

En Boo de Piélagos, tras catorce kilómetros de marcha continua, habría querido tomar un café pero no había donde. Tampoco había fuente y ya iba necesitando reponer la provisión de agua por lo cual caminé en dirección a la iglesia con la intención de pedirla al primer vecino que encontrase. Una chica joven, de aspecto alegre caminaba en dirección contraria.

-¿Podrías decirme dónde puedo conseguir agua? No veo ninguna fuente.

-No, fuente no hay, pero ven, aquí puedes coger.

Fuimos hacia una casa en proceso de rehabilitación donde trabajaban un par de chicos mayores. De un grifo pude llenar la cantimplora.

-Estamos terminando de acondicionar este local, somos una asociación dependiente de Cáritas y trabajamos con jóvenes.

También era casualidad, había dado con una gente extraordinaria. Pilar, que así se llamaba la joven monitora, tenía a su cargo una especie de huerta en la que trabajaban varios chicos bajo unos invernaderos. Plantaban y cosechaban diversas hortalizas y daban la sensación de ser gente organizada y consciente. Según explicaciones de Pilar eran chicos con dificultades a los que se trataba de reinsertar por medio del trabajo del campo. Hablé un momento con algunos que querían saber por qué se hace el camino a pie en lugar de llegar a Santiago en coche o avión.

-A pie se viven otras experiencias, se conoce a mucha gente. Si estuviera yendo en tren no habría visto la huerta tan estupenda que tenéis.

Dije adiós y continué el camino, aquel encuentro había sido un regalo. Aún quedan personas capaces de dedicarse a los demás y no pedir gran cosa a cambio. Igual el mundo tiene arreglo después de todo.

Cerca de Boo de Piélagos se inició la larga caminata que bordea la ría del Pas. Había la posibilidad de intentar el cruce por el puente de ferrocarril pero a pesar de que un hombre que estaba a la puerta de su casa indicó tal posibilidad no quise intentarlo; estaba prohibido y mejor no saltarse la normativa cuando no tenía prisa y podía conocer algunos lugares más. De esta forma continué en medio de la civilización y tras cruzar por debajo de la autopista paré a

descansar en un banco a orilla de la ría. A gusto hubiera metido los pies en el agua pero el acceso estaba muy difícil y no era cosa de ponerse a hacer títeres.

Descalzo y reclinado en el banco repuse fuerzas con un sándwich que había sobrado de la cena y un poco de fruta. Se estaba bien allí pero echaba de menos la compañía de otros peregrinos, desde la salida de Santander no había visto ni uno. Estaba lejos de imaginar que hasta el día siguiente, a más de cuarenta kilómetros de distancia de allí, no vería a los primeros.

Con buena temperatura, sin agobios de calor, continué la marcha bordeando la ría. Aquello se prolongaba pero el paisaje, aunque demasiado lleno de edificios, era bonito. La España verde, algo a lo que los castellanos y los peregrinos del Camino Francés estamos tan poco acostumbrados, merece la pena ser recorrida, aunque sea sobre asfalto como había tenido que hacer hasta entonces. Por fin pasado Arce llegué al puente medieval sobre el Pas. El puente es una joya y al cruzarlo sentí que cumplía un viejo ritual. Traté de obtener una foto pero las pilas de la cámara se habían agotado y desistí del intento, continué la marcha y las cambié en la primera ocasión, inconvenientes y ventajas de la nueva tecnología.

Bordeando de nuevo la ría perdí las señales y no quedó más remedio que continuar por la carretera. En un cruce se presentaron nuevas dudas y tras mucha consulta a la guía y hasta a los puntos cardinales conseguí volver a caminar en la dirección adecuada. En Mogro paré en un bar a tomar un café. Estaba algo cansado pero en buenas condiciones, el café y los sobados repusieron las energías y las informaciones de un abuelo parlanchín que encontré permitieron volver a reconducir los pasos por el camino adecuado.

Un largísimo trayecto junto a una tubería y a la vista de un teleférico de transporte de mineral terminó en una fábrica enorme. Sí, aquello era el camino, pero la verdad es que apetecía más otro tipo de paisaje. Pasada la fábrica continué atravesando calles y paseos hasta que dejando atrás Barreda volví al campo. Bueno, eso del campo es por lo que se refiere al paisaje que no al camino, el asfalto continuaba. Ya estaba cansado y con los pies más calientes de lo deseable pero la meta del día no podía ser otra que Santillana del Mar así que tomando la cosa con la calma propia del momento y las circunstancias continué entre prados y bosques en dirección a la famosísima villa.

Algo largo se hacía el sube y baja final pero tampoco era molesto, el día acompañaba. A la izquierda apareció un cartel anunciando un refugio a trescientos metros. No resultaba convincente. En la guía estaba anunciado pero aún recordaba las veces que en caminos anteriores cien o doscientos metros de un cartel se habían convertido en casi un kilómetro. Más tarde supe, por peregrinos que habían estado en él, que el refugio era estupendo, la gente que lo atendía encantadora y, por increíble que parezca, los trescientos metros eran de verdad trescientos y no quinientos ni mil como cabría sospechar.

Tras la última bajada apareció Santillana. No lo conocía y el conjunto de monumentos, edificios de piedra y calles empedradas de firme irregular, resultaba sorprendente. Si las innumerables tiendas de souvenirs turísticos no hubieran llenado sus fachadas con sus anuncios y hasta con sus productos, y los miles de turistas chillones y multicolores hubieran sido sólo unos cientos el lugar habría resultado una auténtica delicia como fin de etapa. Desafortunadamente Santillana en verano se ha convertido en una especie de zoco donde se venden toda clase de baratijas a una multitud de visitantes ocupadísimos en fotografiarse y en llamar por el móvil a sus amistades para decirles lo bonito que es todo y lo animado que está. Y naturalmente los peregrinos allí sobran. Esa fue la sensación que tuve cuando apoyándome en el bastón y con la mochila a la espalda, cansado y sudoroso, surqué el mar de visitantes que se agolpaban en las calles y miraban de reojo a aquel extraño individuo que osaba disputarles el terreno.

Como es natural no hay refugio ni cosa que se le parezca y no queda más remedio que recurrir al hotel, pensión o sitio análogo. Nada de eso falta en tan turístico lugar y fui lo bastante afortunado para encontrar libre la última de las habitaciones del Hotel Altamira. Al menos la habitación era confortable y tras el aseo y lavado de ropa estuve en condiciones de salir a la calle a conocer el lugar y buscar la salida al camino para la mañana siguiente. A gusto habría descansado un rato tumbado en la cama pero no disponía de tiempo y prefería cenar pronto y dormir las horas suficientes para recuperar energías.

Las calles seguían tan animadas como a la llegada. Santillana tiene restringido el paso de vehículos pero aún así resulta un lugar agobiante. Busqué la oficina de turismo y en ella una chica muy eficiente fue capaz de darme los detalles necesarios para la continuación del camino. Estaba bien informada y aseguraba que el camino en el norte está deficientemente indicado y apenas es recorrido por peregrinos, algo de lo que ya era plenamente consciente.

Hice unas cuantas fotos tratando de evitar una excesiva presencia de turistas, llamé a casa y volví al hotel a cenar, no había ni que pensar en restaurantes recogidos con menús de peregrino a precios normales.

En un comedor adornado con motivos locales degusté una cena a base de platos típicos que no estuvo nada mal. Un potaje y un conejo relleno de no se qué, junto con un postre dulce fueron el gastronómico remate de la jornada. La camarera llamaba la atención. Era una chica grande, rubia, de bonitos ojos azules que consideré una belleza local. Cuando pronunció unas cuantas frases creí percibir un acento extranjero.

-¿De dónde eres? -Pregunté.

-Soy rusa.

¡Santo Dios!, hasta en los hoteles de Santillana tenemos emigrantes del Este. Y una rusa nada menos. Con razón tenía ese acento. De todas formas hablaba un español perfecto y a primera vista nadie podría reconocer en ella a una extranjera si no prestaba mucha atención; su manejo del idioma y las expresiones era absolutamente impecable. Entablamos conversación y supe que ella y una hermana habían venido a España hacía un par de años y ambas trabajaban aquí. Ella estaba aprovechando para conocer el país y aseguraba estar disfrutando la experiencia. Nativa de Crimea, de padres rusos, era ciudadana rusa pero se encontraba perfectamente aclimatada en España. Otros clientes reclamaron su atención y nos despedimos. El camino nunca deja de darnos sorpresas.

En la habitación dispuse lo necesario para que la ropa se secara, dejé todo más o menos preparado, programé el teléfono móvil para que sonara a las seis y sin más di por concluida la jornada, necesitaba descansar y desde luego este primer día iba a poder hacerlo en una cama confortable, sin ruidos ni molestias.

2ª Etapa

Santillana-San V. de la Barquera. 33.8 km

23 07 04 Viernes.

En los recorridos por el Camino Francés en verano suelo amanecer a las cuatro y media de la mañana. Tal vez por esa razón, el reloj biológico marcó esa hora y abrí los ojos mucho antes de lo que era de esperar. Y lo grande es que sin sueño y perfectamente recuperado. No pude menos de pensar en el trabajo que cuesta salir de la cama un día normal de trabajo a las seis y media de la mañana para salir a correr tan sólo unos kilómetros. Ahora tenía por delante todo un día de esfuerzos y estaba deseando comenzar. Abrí la ventana y naturalmente todo estaba oscuro, salir al camino antes de tener algo de luz de día era excesivamente arriesgado ya que no conocía el terreno y había podido comprobar las deficiencias de la señalización. Volví a la cama y dejé que fuera el reloj electrónico el que marcara la hora de empezar el día.

A las seis encendí la luz, salí de la cama y preparé el desayuno. En el hotel no abrían el restaurante hasta las ocho por lo menos así que recurrí al procedimiento de siempre y del que no tengo ninguna queja: el café soluble, la leche condensada y el hornillo de gas. La ropa, naturalmente, no se había secado pese a las sesiones de secador eléctrico, cortesía del hotel, de la noche anterior por lo que cuando cerré la mochila coloqué a ambos lados sujetos por pinzas los calcetines y sobre la tapa, sujetos por dos juegos de pinzas más, el pantalón de atletismo y la camiseta. Se secarían a lo largo del día. Ataviado con el segundo juego de ropa de marcha salí a la calle, la temperatura era agradable y no precisaba el chubasquero ni el pantalón largo, eran las seis y media.

Salí de Santillana en medio de un silencio solemne, ni siquiera ladraban los perros, seguramente estaban guardando energías para más adelante. Por una carretera como es natural en el Camino del Norte fui dejando atrás la bonita y atestada ciudad. El campo empezaba a hacerse visible y el momento valía la pena. En un prado a la izquierda pude ver a una pareja de cigüeñas paseando escogiendo alimento o materiales de construcción para su nido. Se las veía completamente tranquilas, habituadas a que nadie las molestara.

Tras un largo trayecto de carretera apareció en lo alto la ermita de San Pedro. Estaba en medio del campo, lejos de cualquier sitio habitado y tenía un cierto aire de misterio. Una persona que tomé inicialmente por un peregrino exploraba el lugar. Sin dudarle mucho fui hacia el edificio, dejé la mochila en el suelo y eché un vistazo. Era una ermita muy grande, bien construida y con un cementerio al lado; muchas iglesias de Galicia no son tan grandes. Tomé una foto y sin más regresé al camino. Habría querido entrar pero la puerta estaba cerrada y no parecía ser un lugar abierto al público fuera de las horas de utilización.

Tras atravesar algunos pequeños núcleos de población, en los que no encontré ningún sitio donde tomar el segundo café del día, llegué al Monasterio de San Martín, otro gran edificio religioso en el que tampoco era posible entrar. Nueva fotografía y continuación de la marcha.

Al poco rato vi los dos primeros peregrinos desde Santander, no pude hablar con ellos pero al menos eran una muestra de que no era el único en la zona, todo un consuelo. Aunque fue mucho más estimulante el encontrar un pequeño bar en el que por un euro y medio pude disfrutar del muy necesario segundo café, unos sobados y un rato de descanso sentado a una mesa y sin zapatillas. Todo eso y una amabilidad exquisita por euro y medio era un auténtico regalo.

Cuando retomé la marcha por un camino lateral tuve ocasión de entrar por terreno de verdadero camino al igual que antes de llegar al pueblo. Sin embargo pronto un criador de perros que tenía su "granja" a la orilla del sendero me aseguró que el camino iba más abajo y que

estaba en mal terreno. Le hice caso y terminé bordeando un camping atestado, siguiendo una carretera y perdiendo del todo el camino. Faltaban señales, sin duda el camino se ha señalado varias veces pero no hay coordinación y las flechas que faltan en unos sitios sobran en otros. Empecé a considerar seriamente la inexistencia de un verdadero Camino del Norte, al menos de algo similar al Camino Francés.

La guía marcaba el paso por una población llamada La Iglesia y en ella entré viendo algunas flechas en los primeros edificios. Enseguida encontré a dos ciclistas, un aragonés y un francés que, bastante despistados, me preguntaron el nombre del sitio. Según dijeron estaban teniendo toda clase de dificultades para orientarse y encontraban como yo que el supuesto Camino del Norte dejaba bastante que desear. Continuaron en dirección a Comillas y enseguida les perdí de vista.

Un hombre a quien pregunté me indicó la salida de la población y comprobé que las distancias no coincidían en absoluto con las que marcaba la guía, esta sería una constante de la peregrinación de este año. Sabiendo la dirección en que debía marchar continué por un camino que sin duda conducía a Comillas y sorprendentemente poco antes de llegar a dicha ciudad volví a encontrar sobre la marcha más flechas. Lo dicho, de coordinación nada de nada.

Comillas es una gran población que naturalmente se convierte en un enorme centro de veraneo. La playa se veía atestada y la gente que circulaba por las calles tenía el inequívoco aspecto del veraneante de mar. Al poco de entrar en el casco urbano una flecha marcaba la dirección a seguir: una dirección anormal, por una enorme cuesta que llevaba a lo más alto de la población donde sin duda no había ningún centro administrativo y donde desde luego no estaba el refugio de peregrinos por la elemental razón de que en Comillas no lo hay. A sabiendas de que aquello no llevaba a donde quería ir seguí la indicación con el fin de subir a lo más alto de la población a disfrutar del panorama. Una vez arriba comprobé lo que sospechaba; no había nada de interés y la flecha aquella no era más que una broma sin gracia para los peregrinos que llegasen agotados a la ciudad. Sin embargo merecía la pena ver los edificios escalonándose hacia abajo hasta llegar al centro y contemplar las minúsculas calles que entre las viviendas conducen a la plaza y la iglesia. Por una de estas calles bajé y llegué al Ayuntamiento en uno de cuyos laterales está instalada la oficina de turismo.

-Buenos días, ¿por dónde continúa el Camino de Santiago?

-Detrás de este edificio y hacia la derecha. -Respondió una moza muy amable.

-¿Y por qué hay una flecha a la entrada que manda a los peregrinos a lo más alto de la ciudad?

-Huy sí, nos han hablado de esa flecha más de una vez.

-¿Conocen la existencia de esa flecha?

-Sí, varios peregrinos nos lo han dicho.

-¿Y por qué no la han borrado?

-Ah, eso no es cosa nuestra.

Aquello era bastante sorprendente. Una flecha mal colocada, intencionadamente mal colocada se podría decir, mandaba a los peregrinos a hacer una subida endemoniada sin finalidad ninguna y el Ayuntamiento no era responsable de ello. Bien, sin duda responsable no lo era, pero esa indiferencia ante un hecho absolutamente anormal tampoco era lógica. A gusto habría explicado a aquella chica que las tomaduras de pelo a los peregrinos son algo que se debe evitar, y si en una población hay una marca mal puesta y se sabe, no cuesta demasiado

enviar a algún empleado municipal con un disolvente y un cepillo a borrarla. Pero era evidente que allí los peregrinos no eran más que tolerados. Los veraneantes de mar eran mucho más interesantes y a ellos iban dedicados todos los mimos y atenciones. No insistí y abandoné la oficina.

A la salida de Comillas encontré los impresionantes edificios de la Universidad y el Seminario. Delante de uno de ellos, en una magnífica pradera y a la sombra de un frondoso castaño paré para un buen descanso. Cambié las zapatillas por las sandalias y durante un largo rato pude reposar mientras comía unas peras que llevaba en el tarro de plástico que uso para estos menesteres. La fruta en el camino es especialmente agradable.

Con lo que había caminado podía dar por concluida la etapa allí mismo pero tenía intención de andar un poco más, hasta San Vicente de la Barquera donde esperaba ver a mi primo Fernando y a su mujer quienes tenían un chalet en donde pasaban las vacaciones. Además la distancia no era excesiva y a pesar de que el relieve del Camino del Norte estaba resultando muchísimo más accidentado que en el Camino Francés, aún podía andar unas cuantas horas más sin excesivo esfuerzo.

Por un bonito andadero abandoné Comillas sin ningún disgusto. No conseguía sentirme cómodo en aquel ambiente. Al igual que en Santillana, y no sería la última vez, había tenido la sensación de estar de más, algo que nunca había sentido en caminos anteriores.

Cuando terminó el andadero crucé un puente y de carretera pasé a senderos. A lo lejos empecé a ver entre los grupos de árboles manchas de césped bien cuidado y los clásicos hoyos de arena de los campos de golf. Había un campo de golf gigantesco que llenaba todo un valle y sus laderas. Continuando por el sendero inicié una bajada y al cabo de un rato dejé de ver señales. No sé muy bien qué es lo que pasó, si las señales se terminaron por las buenas o dejé pasar alguna sin verla, la realidad fue que di de narices con la valla del campo de golf y no tenía más remedio que saltarla, como veía que habían hecho muchos, o dar media vuelta, subir todo lo que había bajado y tratar de encontrar las marcas que había perdido. Ante semejante disyuntiva opté por lo obvio, entré en el campo.

Un camino recorría todo el terreno, un camino asfaltado que sin duda llevaría a alguna parte desde donde se podría salir. Lo seguí en la dirección que parecía más lógica y un jugador de golf a quien acudía en busca de información se adelantó a poner de manifiesto el error en que estaba incurriendo.

-¿Vas a Santiago? -Sí, eso intento, pero el camino me ha metido aquí.-Bueno, no te preocupes, muchos peregrinos terminan aquí dentro, pero vas en dirección contraria.-Ya, pero estoy buscando la salida, no tenía la menor intención de entrar donde no me llaman.-No importa, mira, vete en esa dirección, sube al camino de arriba y llegarás enseguida a la casa social y a la salida.-Muchas gracias.

Siguiendo las indicaciones alcancé enseguida la entrada al campo y volví al camino. Por lo visto hay indicaciones y desvíos señalados pero no los había visto; nunca sabré de quien fue la culpa pero lo que es verdad es que pasé un mal rato porque si hubiera tenido un encuentro con algún "empleado de seguridad" y las cosas se hubieran puesto tensas no estaba en buen momento para aguantar impertinencias.

De nuevo en los caminos fui llegando a La Revilla y allí una vez más perdí las señales. El camino que seguía, tras atravesar una urbanización descendía, parecía que hacia San Vicente, pero se iba estrechando y no daba buena sensación. Volví sobre mis pasos y pregunté a una vecina de la urbanización.

-¿Por dónde va el Camino de Santiago?

-Por delante de esos dos edificios. -Respondió señalando en dirección prácticamente contraria a la que había seguido.

-Muchas gracias.

Menos mal, había dado la vuelta en el momento oportuno. Efectivamente el camino seguía una antigua carretera y al cabo de cuatro kilómetros alcancé el puente de entrada de San Vicente de la Barquera. Había llegado a destino.

Cuando estaba llegando llamé a mi primo y con gran sorpresa supe que su chalet de veraneo no estaba en el mismo San Vicente sino en La Revilla, el lugar que acababa de pasar. Con eso acordamos que cenaría con ellos pero dormiría en San Vicente, no iba a retroceder y desde luego no pretendía que a las seis y media me llevaran a retomar el camino en el punto que había alcanzado.

Atravesé el largo puente de la entrada y entré en una típica población de veraneo. Un largo paseo marítimo, muchos establecimientos comerciales, veraneantes en abundancia y una población marinera escalonada a lo largo de una empinada ladera. En un establecimiento comercial entré a comprar una unidad de memoria para la cámara. El día anterior comprobé que había perdido la que llevaba de repuesto y necesitaba una nueva, no quería de ninguna manera tener restricciones en cuanto al número de fotografías a tomar. La vieja historia de siempre: por más cuidado que se ponga nunca se vuelve del camino con todo lo que se llevó, siempre hay algo que se pierde.

Resuelto el problema de la memoria pregunté por un hotel o similar para pasar la noche y cuando iba a alojarme en una pensión recomendada en la tienda de fotografía, la dueña me informó de algo que desconocía por completo: en San Vicente había refugio de peregrinos. Aquello fue un motivo de alegría no ya por el hecho de no necesitar hotel sino principalmente por la posibilidad de enlazar con otros compañeros de aventura.

En lo más alto del pueblo, junto a la iglesia, estaba el refugio. Lo llevaban los claretianos y era un magnífico local con bastantes camas y servicios limpios y que en esos momentos albergaba a una media docena de peregrinos. Por fin iba a poder entrar en ambiente. Nada más entrar, en las primeras literas, descansaban los ciclistas con quienes había coincidido en La Iglesia, más adelante estaban las mochilas de dos peregrinas que marchaban a pie y conmigo entró otro peregrino ciclista a quien ya esperaba otro compañero. Al fin estaba en un refugio, entre gente del mismo mundo.

La ducha resultó estupenda y el lavadero lo bastante cómodo para hacer la colada del día en pocos minutos. En el vestíbulo de entrada pude dejar todo colgado y enseguida recibí una llamada de mi primo, iba camino del refugio a recogerme. La jornada, por lo que a peregrinación se refería había terminado.

3ª Etapa

San Vicente de la Barquera-Llanes. 38.9 km

24 07 04 Sábado

El cómodo refugio de los claretianos tenía una pequeña habitación con dos literas que fue la mía. De esta forma dormí sin ruidos ni molestias de ninguna clase una vez más, una noche de recuperación estupenda que no venía nada mal a la vista de lo duro que estaba resultando el camino. Empezaba a sospechar, y lo sigo sospechando ahora, que la guía no es tan precisa como la del Camino Francés, que las distancias muchas veces no coinciden, las pérdidas son constantes y las subidas y bajadas equivalen entre unas cosas y otras a hacerse un Cebreiro diario. Si a todo eso se añade la falta de infraestructuras de apoyo, la indiferencia hacia los peregrinos y el escasísimo número de éstos, se tiene un panorama que no anima precisamente a esta peregrinación. Estos empezaban a ser mis sentimientos cuando iniciaba a las habituales seis de la mañana la jornada de este sábado.

Procurando no hacer ningún ruido salí del dormitorio y pasé al vestíbulo de entrada donde ya encontré a dos peregrinas desayunando. Eran dos alemanas, Eva y Catherine, que venían caminando según dijeron desde Baviera. Habían cruzado Suiza y Francia y ahora estaban acercándose a Santiago por el Camino del Norte. No sé si habían caminado tanto como decían pero su aspecto era de lo más atlético y su equipo y tono de piel demostraban que llevaban ya muchos kilómetros encima. No hablaban español pero su inglés era estupendo así que este fue nuestro común idioma el tiempo que estuvimos juntos.

En el mismo vestíbulo preparé el desayuno, recogí la ropa y organicé la mochila. Cuando terminé salí junto a Eva y Catherine al frescor de la mañana, apenas empezaba a amanecer. Al pasar por un bar abierto ellas se quedaron y nos despedimos, pretendían llegar a Llanes lo mismo que yo así que lo más probable era que nos volviésemos a encontrar.

Salí del pueblo junto al puente por el que había entrado y caminé por donde unos guardias civiles y unos empleados de la Seguridad Social a los que pregunté habían indicado como el camino. Aquello seguía una dirección extraña pero no le di importancia al asunto recordando las veces que en las primeras horas se tiene la misma sensación. Al cabo de un rato de caminar por una carretera de lo más actual vi venir a un hombre mayor al que pregunté si estaba en buen camino, por lo visto lo estaba pero se podía mejorar.

-Por la antigua carretera se llega mucho mejor.

-Muchas gracias.

La antigua carretera estaba a cien metros y por ella fui avanzando mucho más cómodamente ascendiendo en dirección a una ermita que coronaba un montículo. En el descenso disfruté de los colores y el paisaje de un típico amanecer de camino en la España verde. Estaba en pleno campo y aunque caminaba por asfalto aquello resultaba agradable. Las vacas al lado de las cercas miraban con curiosidad, tampoco ellas parecían acostumbradas al paso de los peregrinos. Al poco rato llegué a la Torre de Estrada, un monumento en reconstrucción junto al que tomé unas fotos, no había nada más que hacer y continué por un camino cómodo en dirección a Pesués. Poco antes de llegar di con la Ría de Tina Menor, un bonito lugar donde tomé nuevas fotografías. La autovía pasaba por encima y el entorno no resultaba precisamente agreste, inconvenientes del Camino del Norte.

Al cruzar un puente encontré un bar donde reponer fuerzas. No era un establecimiento lujoso ni concurrido pero pude tomar el café con leche y las pastas que tan bien sientan cuando se llevan varias horas de camino. El dueño tenía ganas de conversación y no tuve más remedio que escuchar una triste historia de familia rota. Por lo visto su mujer le había abandonado y

se había ido con uno de sus mejores amigos, él tenía a cargo a una hija adolescente y todo su delito, según contaba, era haberse dedicado toda la vida a trabajar para darles una vida lo mejor posible. El hombre estaba realmente hecho polvo y aunque no podía hacerme una idea clara de la realidad de la situación traté de animarle y de hacerle ver que la vida tiene muchas más posibilidades de las que percibimos a primera vista.

-Tiene usted a cargo a una hija y eso es una responsabilidad pero una hija es un tesoro de infinito valor. Le deseo lo mejor, de todo corazón.-Gracias, que tenga buen camino.

Y salí a continuar la marcha pensando en la multitud de tragedias reales que nos rodean. Quienes llevamos una vida de las que se pueden calificar de "normales" casi nunca somos conscientes de ello.

Las flechas indicaban una senda por la ladera de un monte y comencé una fuerte ascensión por un sendero. Al poco rato, y tras pasar alguna bifurcación sin indicaciones, empecé a sentir una cierta inquietud; aquella senda, bonita y sombreada, tomaba una dirección que no era la lógica. No había ninguna indicación y ya comenzaba a considerar la posibilidad de dar media vuelta cuando fui alcanzado por un grupo de tres ciclistas a los que pronto se unieron los dos que había visto en La Iglesia, todos habíamos coincidido en el refugio de San Vicente.

-Esto no está nada claro.

-No, no vemos marcas desde hace rato.-Y la dirección que toma el camino es contraria a la que debería.

-Vamos a retroceder y a ver si vemos algo.-Nosotros vamos a continuar un poco más.

-Dijo el aragonés que viajaba con el francés.

Los otros tres, que eran levantinos, y yo retrocedimos, al poco rato uno de ellos dijo haber encontrado el camino; seguía por una de las bifurcaciones sin señalar que habíamos pasado. Tras recorrer un estrecho y embarrado sendero aparecimos en una ladera quemada y llena de fango. Por lo visto se había hecho una quema controlada pero el terreno parecía el frente de Verdún: tierra quemada, restos de árboles, barro, surcos y por supuesto nada de señalización. Con gran esfuerzo descendieron mis nuevos compañeros haciendo auténticos alardes de habilidad sobre sus cargadas máquinas, constantemente se hundían en el barro y alguno de ellos tuvo que completar el descenso pie a tierra.

Cuando nos vimos abajo, en un parque de maquinaria de obras tomamos una foto de grupo, habíamos conseguido salir de un apuro, uno más de este difícil Camino del Norte. Les dejé limpiando las bicis con el chorro de una manguera y continué el camino haciéndome el firme propósito de aprovechar más las carreteras y correr menos riesgos atravesando bosques, las cosas se estaban poniendo realmente difíciles.

En Unquera, al cruzar el puente sobre el Deva, entré en Asturias, Cantabria quedaba atrás y no lo lamentaba, no había sido su travesía algo que hubiera producido excesiva satisfacción, esperaba que en Asturias las cosas mejorarían. Una vez más la realidad demostraría que las previsiones se quedaban cortas por un lado y largas por otro.

Pasada Unquera la senda dejó a un lado la carretera y el paisaje fue típico del camino; prados con vacas, campos verdes, una capillita y aunque no visible se sentía próximo el mar. Aquello empezaba a tomar buen aspecto. Más adelante volví a la carretera y ya sin dejar de caminar por asfalto atravesé varios pueblos en los que se podían ver grandes mansiones de indiano. Algunas de ellas eran realmente grandiosas y su estado de conservación no dejaba nada que desear.

La temperatura fue subiendo y el caminar por asfalto empezó a resultar cada vez más duro. Tenía los pies resentidos, en realidad los llevaba resentidos antes de empezar el camino pues en la marcha de los cien kilómetros en veinticuatro horas de Madrid ya había tenido las lesiones típicas y no había conseguido curarlas del todo. De todas formas las molestias no eran excesivas, las ampollas se iban formando unas bajo otras y ya debía de llevar varias capas de piel muerta que servía de protección. A este respecto debo decir que este año no presté mucha atención a ese asunto. Había momentos en que sentía molestias pero procuraba no darme por enterado. En la ducha de cada día limpiaba con la esponja y abundante gel toda la zona lesionada y si luego notaba alguna humedad la cubría de Betadine. En ningún momento las ampollas constituyeron una dificultad apreciable. Entre la costumbre y la buena protección de los calcetines Cool Max caminé siempre bastante cómodo.

La carretera se prolongaba. En algún momento la abandoné para atravesar un pueblo por el interior pero en todo momento iba pisando asfalto. El tráfico era más intenso de lo que habría sido de desear pero a ese respecto no podía hacer nada; paciencia y continuar. Eso sí, en los laterales, de trecho en trecho, veía flamantes y tranquilizadores carteles que anunciaban el Camino de Santiago, "Itinerario cultural europeo" por más señas. Sí sí, mucho itinerario cultural pero de facilidades para los peregrinos más bien nada. Pronto lo iba a corroborar de forma mucho más palpable.

Por fin un desvío de la carretera indicó la proximidad de Llanes, un lugar que las guías presentaban carente de refugio de peregrinos pero con todo tipo de instalaciones en las que se podría encontrar alojamiento. No esperaba tener dificultades para cenar ni para pasar la noche confortablemente. Estaba lejos de sospechar la realidad.

Nada más entrar en el casco urbano tropecé con los dos ciclistas, el aragonés y el francés, con quienes había coincidido el primer día.

-No hay un solo sitio donde dormir.

-¿Cómo? ¿Ni en el camping?

-Ni en el camping ni en ninguna parte. Hemos llamado a todos los hoteles y no encontramos nada.

Aquello resultaba más bien molesto. Llanes estaba lleno a rebosar de veraneantes de playa, eso era evidente, pero que no se pudiera alojar ni a un solo peregrino en un lugar que tan orgullosamente se titulaba lugar de paso del Camino de Santiago ya sonaba un poco fuerte. Sin embargo mis compañeros tenían razón, aquello estaba lleno y no podíamos aspirar ni a una parcelita en el camping.

Decidí actuar como tenía previsto para estos casos: comprar provisiones, llenar de agua la cantimplora más la botella de plástico que llevaba para aumentar las reservas de agua en caso de apuro y salir camino adelante a instalarme en el campo junto al primer curso de agua que encontrara. No era lo más apetecible después de una larguísima etapa de calor y asfalto pero no había más donde elegir. Sin embargo en la tienda en que hice las compras me dijeron que en el pueblo había un albergue, concretamente en la estación de ferrocarril, y que seguramente allí podría alojarme. Aquello sonaba bien y tras informarme de la ubicación del pretendido albergue marché hacia allá.

Efectivamente, en Llanes hay un albergue, un albergue del ayuntamiento por lo visto, pero que se dedica a cursillos sobre la naturaleza y demás actividades políticamente rentables. De peregrinos ni se sabía ni se quería saber mucho. Allí encontré a las dos alemanas y allí aparecieron los dos ciclistas. Preguntamos por el responsable y naturalmente no estaba. Según nos dijeron los monitores de los chicos que estaban alojados -y que como es lógico

llenaban por completo el local- ellos no podían decirnos más que el refugio lo tenían reservado para sus actividades y no sabían nada respecto a posibles alojamientos. El responsable estaba bajando barrancos y no tenía previsto volver antes de la noche.

Estaba claro; no teníamos donde quedarnos y nadie iba a resolver nuestro problema así que dije a mis compañeros que iba a buscar un sitio donde dormir en el campo y que si querían podíamos intentarlo los cinco. Los ciclistas salieron para el pueblo siguiente y las alemanas se quedaron conmigo pensando que a lo mejor era capaz de sacarlas de apuros. Al menos del idiomático sí pues, como tan frecuentemente vemos en el camino, ellas no hablaban una sola palabra de español y nos entendíamos sólo en inglés.

Dejando atrás Llanes salimos al camino y al rato encontramos a nuestra izquierda un huerto de frutales con una casita al fondo y el suelo cubierto de césped. Una mujer como de cincuenta años acompañada por un perro salía en ese momento cerrando el candado de la puerta. Aquel huerto sería un lugar ideal para pasar la noche -pensé- claro que tenía que conseguir que nos dejaran quedarnos. De perdidos al río.

-Por favor, ¿podrías dejarnos pasar la noche ahí dentro?, el sitio es ideal, no encontramos alojamiento en Llanes y no necesitamos más que un suelo donde extender el saco y un poco de agua. -Dije con el tono más persuasivo que pude. La mujer pareció sorprendida pero enseguida se hizo cargo de la situación.

-Es que el huerto no es mío, es de mi madre, tengo que preguntárselo.

-Por favor, somos peregrinos, pero en Llanes no hay refugio ni ningún sitio libre, no necesitamos más que un sitio donde extender los sacos, al aire libre.

-Voy a llamar. Ay, el móvil se me ha quedado sin pila.

-No importa, toma el mío. -Dije alargándoselo.

Marcó el número, hizo la petición, la apoyó según pudimos oír y finalmente nos autorizó a entrar, estábamos salvados.

-Muchísimas gracias, mañana temprano nos iremos, no dejaremos ni rastro de nuestro paso, palabra.

-Encantada de ayudaros, por favor, cerrad bien la puerta, que descanséis.

Y allí nos quedamos los tres. Bajo un árbol de tupido follaje extendimos las esteras y los sacos sobre el mullido césped, aquello era un verdadero palacio. La temperatura era muy agradable y no consideré necesario siquiera montar la tienda.

El huerto tenía varios grifos y mangueras para el riego, atando una de ellas con una goma a la rama de un árbol conseguí una excelente ducha bajo la que pude cumplir el ritual de higiene personal de cada día. Con eso y el lavado de ropa concluí los trabajos de la jornada. Eva y Catherine pasaron del asunto, probablemente no querían hacer una exhibición anatómica o simplemente podían prescindir de la ducha por un día.

Sentado sobre la estera preparé la cena: un enorme bocadillo de paté. No era esa la cena con que había venido soñando toda la jornada pero dadas las circunstancias me daba por satisfecho; recuperaría energías y calmaría el hambre, más no podía pedir. Unas ciruelas completaron el menú y tras el lavado de dientes dejé todo dispuesto y me introduje en el saco. La temperatura era buena, el lugar tranquilo, la compañía de lo más discreta, no se podía pedir más.

4ª Etapa

Llanes-La Isla. 45.6 km

.25 07 04 Domingo

Durante la noche el frío fue un poco molesto, tanto que precisé utilizar además del saco la sábana de seda que llevo para estos casos. A partir del momento en que me metí en ella dormí estupendamente. Como suponía, un saco de estos ultraligeros está bien para dormir en los refugios pero al aire libre resulta un poco insuficiente, la sábana es el complemento ideal en esos casos.

El sonido del móvil puso fin al sueño y nos levantamos los tres. Eva y Catherine prepararon sus zumos y esas cosas que tanto les gustan a los alemanes y yo hice el café de todas las mañanas que con unas pastas es lo que mejor siento en momentos tales. Recogimos el campamento, salimos dejando todo cerrado como habíamos prometido y con las primeras luces del día iniciamos la marcha.

Las dos chicas caminaban deprisa, demasiado deprisa para lo que estimo normal en el camino y pronto nos perdimos de vista. Las señales no eran claras en absoluto y pronto volvimos a coincidir, se habían perdido y retrocedían. Juntos llegamos a una especie de bar o sdrería que no tenía un aspecto muy allá pero ellas decidieron quedarse a desayunar como es debido, yo no tenía el menor interés en tomar tan pronto el segundo café y continué adelante. Fue la última vez que nos vimos.

Después de caminar entre pueblos pequeños con muchas subidas y bajadas alcancé un bar que tenía un patio con sombra y allí tomé el segundo desayuno descansando un buen rato sin zapatillas. Algunas personas mayores comentaron que empezaban a ver peregrinos lo cual era en cierto modo motivo de satisfacción, al menos no les parecía un invasor procedente de sabe Dios dónde.

De nuevo por una carretera moderna alcancé la orilla del mar a la altura de la playa de San Antonio. Había vehículos aparcados en las proximidades y algunos bañistas paseando por la arena pero lo temprano de la hora hacía que el espectáculo no fuera tan agobiante como sin duda lo es a media mañana cualquier día del verano.

Caminando por una estrecha carretera local pasé junto a una pequeña capilla que tenía un agujero en el techo. Aquello llamaba la atención, era sin duda un lugar de culto como tantos otros de la zona pero parecía más grande y se encontraba en bastante mal estado. Poco después una vecina con quien mantuve una larga conversación me explicó que hacía poco unos ladrones habían entrado por el techo a robar las imágenes. Se la veía muy disgustada y lanzó una buena diatriba contra "estas gentes que están viniendo y no respetan nada". No había mucho que pudiera decirle, tenía su idea y no sería yo quien le fuera a convencer de que entre las gentes que están viniendo hay de todo, y entre las que llevan aquí toda la vida también.

Después de un largo recorrido por un bonito sendero, en el que apenas se encontraban marcas de camino, salí a una zona de hierba en la que la senda tan solo se podía intuir. La guía advertía de que había que seguir ascendiendo hacia la iglesia que se veía al fondo y caminé en esa dirección bajo un sol ya bastante fuerte.

La iglesia de Pría, como se llamaba según la documentación de la etapa, era un lugar amplio, limpio y lleno de gente en aquellos momentos. Sin duda se celebraba la misa del día de Santiago y la concurrencia era superior a lo habitual. Entré a ver el templo y con la vana esperanza de conseguir el sello para la credencial pero una especie de sacristán muy bien trajeado tuvo a bien explicar que "eso es el pueblo". En el atrio encontré otro peregrino al que nunca había visto ni volvería a ver. Era un belga de unos sesenta años que hablaba bien el español y

tenía aspecto de pacífico y tranquilo. Bien tuvo ocasión de poner a prueba ambas características cuando se nos acercó un individuo mayor, serio, de atuendo impecable que nos preguntó con la mayor naturalidad:

-¿Sois cristianos?

Ambos respondimos afirmativamente.

-¿Católicos?

Nueva afirmación.

-Pues sentaos que tengo que deciros, algo importante.

Aquello empezó a no sonarme bien. Nada en el aspecto de aquel hombre hacía sospechar que se tratara de un chiflado pero esas preguntas tan directas no eran normales. El belga se sentó en un banco de piedra, yo continué de pie y además advertí:

-Tengo mucha prisa.

-Es igual, voy a ser muy breve. Veréis, quiero deciros que Jesucristo es muy importante, importantísimo. Yo le he visto.

Bien, estaba claro, chalado habíamos.

-Desde que he estado "en el otro lado" no envejezco, soy mucho mayor de lo que parezco pero no envejezco más. Además he resucitado varios muertos y hago milagros. Actúo en nombre de Jesucristo, ya os digo.

Con la mayor cortesía que pude, y dejando bastante abandonado al peregrino belga, di por concluida mi asistencia a la explicación y salí cuesta abajo continuando el camino, aún tenía muchos kilómetros por delante y no estaba para perder tiempo con resucitadores de muertos.

El camino continuaba mal indicado y después de una larga bajada transcurría a través de una pradera en la que fui adelantado por un grupo de peregrinos mayores que marchaba a mucha velocidad; ya los había visto antes pero no hicieron ni ademán de hablarme. Se veía que eran un grupo de amigos que no querían nada fuera de su ámbito. Continué adelante y a lo lejos apareció Ribadesella. La entrada aparente era por un largo tramo de carretera general pero había indicada una desviación por una carretera local cuyas únicas virtudes eran evitar el grueso del tráfico y alargar la etapa un poco más. Hacía calor, mucho calor y a gusto hubiera dado por concluida la etapa en tan bonita ciudad si hubiera habido un albergue en donde pernoctar, pero una vez más estaba en una gran población en la cual los peregrinos eran una simple curiosidad no merecedora de la atención de las instituciones.

Descansé un rato en la plaza a la sombra y enseguida pude ver que aquello estaba completamente saturado de veraneantes entre quienes un peregrino estaba fuera de lugar. En la oficina de turismo una chica muy amable llenó mi cantimplora y me explicó la salida de la ciudad, di las gracias y salí de nuevo al sol, el ambiente no era como para quedarse a disfrutarlo.

Crucé el famoso Sella y bordeé el paseo marítimo hasta llegar a una zona de restaurantes de playa. Tenía hambre y necesitaba comer algo por lo que entré en uno de ellos. El ambiente era el normal en estas ocasiones: montones de clientes, camareros atareadísimos, ruido, idas y venidas y mucho menú del día. Pregunté por la posibilidad de comer y recibí la respuesta lógica:

-Hay mucha gente, tendrás que esperar un buen rato.

No estaba por la labor. Acomodándome como pude en la barra pedí un pincho de tortilla y una cerveza. Tal vez no era lo más indicado pero la cerveza fría resultaba especialmente apetecible con un calor tan agobiante.

Cuando terminé salí de nuevo al horno que era la calle y caminé entre dos filas de chalets durante un buen trecho. La salida de Ribadesella se hace entre urbanizaciones y dura un largo rato, algo no precisamente placentero para unos pies ya castigados por todo un día de marcha. Afortunadamente algunos edificios verdaderamente grandiosos daban un aspecto digno de contemplarse al lateral derecho de la calle.

A pesar del calor y los kilómetros ya hechos estaba en buenas condiciones para caminar, la carretera tenía bastante sombra y no costaba mucho seguir adelante a pesar de las naturales molestias. En el cruce de San Esteban de Lieces encontré las marcas que indicaban la dirección al refugio. No quedaba lejos y resultaba tentador pero preferí mantener el plan inicial y continuar en dirección a La Isla aunque ello supusiera hacer una etapa doble. Las indicaciones de la guía daban una distancia de once kilómetros y estaba en condiciones de hacerlos sin gran dificultad.

Por asfalto fui llegando a la orilla del mar, a una nueva zona de playa y bañistas. Unos helicópteros trabajaban afanosamente en la extinción de un incendio que se había declarado en una zona de bosques más adelante a la izquierda. Hacían continuos viajes a tomar agua en el mar y descargarla sobre el fuego por medio de un gran depósito que colgaba debajo. La cosa debía de ser seria porque en todo el tiempo que los tuve a la vista no pararon en sus idas y venidas.

En la playa de nuevo desaparecieron las señales. Pregunté y una señora con un acento asturiano marcadísimo me indicó el camino a seguir. Acababa de hacer un fuerte descenso hasta llegar a la orilla del mar, ahora tenía que remontar de nuevo hasta la misma altura desde la que venía pero por un sendero campo a través.

Poco a poco fui dejando atrás la playa y ganando altura. El sendero era claro y no resultaba incómodo y desde luego el paisaje merecía la pena. Cuando llegué a lo alto estaba en una especie de vertedero y allí llegaban algunos coches con parejas que al parecer iban a admirar el panorama. Seguí adelante y enseguida estuve de nuevo caminando sobre el asfalto de la carretera. Si la hubiera seguido no habría tenido que subir y bajar, pero el Camino del Norte es así; no hay que pensar en cómodos andaderos como en Castilla o Galicia, aquí lo más que se puede esperar es un camino evitando a tramos la carretera general, sin más.

Desde la salida de Santander una de las constantes del camino habían sido los ladridos de los perros. Unos perros de todos los tamaños, razas y colores pero en su inmensa mayoría agresivos. Ninguno grande estaba suelto desde luego pero los sustos habían sido continuos y ya asociaba la travesía de cualquier lugar habitado con los desagradables ladridos. Caminando por la carretera, una carretera con bastante tráfico, fui llegando a una curva a la altura de la cual, delante de una casa, se hallaba un enorme boxer cuya cadena deslizaba a lo largo de un cable. El animal disponía de un amplio margen de maniobra y cuando intuyó mi presencia se lanzó en mi dirección ladrando enloquecido. No tuve más remedio que salir a la carretera y el perro continuó ladrando tras la valla quitamiedos mostrando una enorme agresividad. Atraído sin duda por el ruido salió de la casa un segundo boxer, este suelto, y se sumó al concierto de ladridos con que me obsequiaba su colega. Esto ya era más de lo tolerable. Ante la posibilidad de ser atacado di cara a los animales y golpeé con el bastón la valla de aluminio produciendo un ruido que les sorprendió al tiempo que soltaba una exclamación no deno-

tadora de una exquisita cortesía. En ese momento apareció quien sin duda era dueña de ambas fieras y pretendió tranquilizarme diciendo:

-No se preocupe, este -por el suelto- no hace nada.

-¿Y eso quien lo sabe?

-No claro...

-Pues esa no es forma de tener esos perros, son un auténtico peligro.

En ese momento apareció el dueño y con toda la prepotencia del mundo me gritó:

-¡Esto es privado!

Ya era el colmo. No sólo tenía aquellas fieras echando los viandantes a la carretera, con peligro de ser atropellados, encima se permitía el lujo de ponerse borde. No pude contener la mala uva que se iba acumulando.

-¡¿A que le denuncio?!

-¡Denúncieme y yo le denunciaré a usted!

-¡Pues tendrá noticias! -Añadí dando por terminada la desagradable escena.

Por supuesto el asunto no quedó ahí. Aquella forma de tener esos animales constituía un peligro cierto y una violación de la normativa sobre perros peligrosos. No quería ir haciendo sangre pero no podía tolerar que el siguiente peregrino se viera sorprendido y terminara bajo las ruedas de un camión saliendo de la curva. Enlacé con la Guardia Civil y he sabido que el individuo en cuestión fue visitado por agentes de la Benemérita quienes sin duda le invitaron a tomar medidas con respecto a sus fieras. No sería la única ocasión en que actuaría de esta forma; dos días después volví a poner en conocimiento de un suboficial de la Benemérita en Pola de Siero, un caso similar de perros agresivos que obligaban a los transeúntes a caminar por el centro de la carretera. El Camino del Norte, al menos el que he recorrido, reúne todos los peligros de los tiempos modernos, emociones no faltan.

Tras la sin par aventura canina continué carretera adelante buscando la oculta Isla, el previsible final de las ya algo largas fatigas del día. Eran cerca de las nueve de la noche y aunque fuera el día de Santiago, entendía que ya había cubierto con creces el cupo de esfuerzos y penitencias. La Isla no aparecía, la carretera bajaba y bajaba y finalmente se transformó en un largo paseo bordeado de residencias veraniegas. Pregunté y un paseante me indicó que el pueblo quedaba aún a un kilómetro de distancia. Creo que la guía no estaba muy acertada al describir esa zona, de acuerdo con ella debería de haber llegado hacía ya una hora. En un hotel pregunté por el refugio y un camarero amabilísimo orientó mis pasos en la dirección adecuada -unos seiscientos metros más adelante- en búsqueda de Angelina, una señora mayor y encantadora hospitalera. Sin dificultades la encontré a la puerta de su casa y tras la inscripción y una aportación voluntaria fui acompañado al albergue cuando ya empezaba a anochecer. Menos mal que había sitio.

El albergue eran las antiguas escuelas bien reformadas y acondicionadas. Ocupé una litera y pude observar que había tres o cuatro grupos de peregrinos de los cuales no había encontrado ni rastro durante la jornada. Algunos, por la edad, equipo y limpieza de atuendo dejaban clara su pertenencia a la especie "turistas de bajo presupuesto". Otros, más en consonancia con el ambiente, hacían su peregrinación de la manera tradicional.

Tuve el tiempo justo para la ducha, la colada y la preparación de la cena en la mesa de la entrada. Se hizo de noche y no pude conversar más que con dos peregrinas austriacas, el resto del personal había salido y no tuve ya ocasión de verle. La cama se hacía imprescindible si quería estar en condiciones de continuar a la mañana siguiente. Entre unas cosas y otras había estado en marcha algo así como catorce horas, algo más de lo deseable, sobre todo a la vista de lo accidentado del terreno, las altas temperaturas y el exceso de asfalto.

5ª Etapa

La Isla-San Salvador de Valdediós. 30.5 km

26 07 04 Lunes.

Como de costumbre fui de los primeros en amanecer cuando a las seis de la mañana el móvil se puso a sonar como era su obligación. Sin ningún ruido salí del saco, recogí el equipo y abandoné la sala que hacía de dormitorio. En la mesa del exterior preparé y tomé el habitual desayuno, organicé la mochila, tendí sobre ella la ropa que naturalmente seguía húmeda y tras dedicar una mirada de agradecimiento a aquel refugio, que tan buen servicio había prestado, inicié el camino del día.

Enseguida alcancé Colunga, un pueblo precioso, con hermosas edificaciones, y a continuación Pernús, ya claramente tierra adentro alejándome del mar. El camino entró por sendas y pensé que por fin había alcanzado la zona de senderos y abundante vegetación, la clase de terreno buscado por todos nosotros en la España verde. En alguna ocasión tuve la sensación de que las subidas y bajadas eran excesivas pero evidentemente no había otra forma de evitar la carretera y la autovía que los senderos pequeños y accidentados y éstos no habían sido trazados por quienes se preocupaban demasiado por mantener la altura a costa de la distancia.

La etapa de la guía terminaba en Sebrayo, pero eso resultaba demasiado breve y tenía intención de continuar hasta la Vega de Sariego lo cual suponía una etapa doble aunque aparentemente sin dificultades excepcionales. Sebrayo es un pueblo pequeñito pero en donde se ha habilitado un refugio equipado con todo lo necesario y que encontré desierto y con las llaves en la puerta. Ya había casi agotado la provisión de agua y traté de reponerla en el refugio. Nada que hacer; ninguno de los grifos soltaba una sola gota. Pensé que aquello era debido a una simple medida de seguridad; mientras no había peregrinos se cortaba el agua. A la vista de la hora y de la ausencia de hospitalero ni nada parecido, sin esperar más salí a continuar la marcha y pedir agua al primer vecino que encontrara. Aquello se complicaba. El primer hombre a quien pedí el vital líquido elemento me dijo que no había agua, por lo visto la habían cortado y no tenían ni para ellos. Sorprendente, desde luego, y además preocupante pues había comprobado desde el principio que las fuentes no abundaban precisamente en la comarca. El segundo intento lo hice en una explotación ganadera en donde fui acogido con el tradicional concierto de ladridos por parte de varios perros sin aspecto de agresivos. Una chica a quien hice la correspondiente petición dio la misma respuesta del vecino del primer intento, el agua había sido cortada y no tenían.

-Más adelante en la carretera al final de una subida hay una casa, a lo mejor ellos tienen. -Me dijo como excusándose.

-Muchas gracias.

Aún no había agotado la reserva pero el calor apretaba, la cuesta era fuerte y la casa no se veía por ningún lado. Por fin en lo más alto, como había dicho mi informante, apareció un gran edificio en donde debían de vivir varias familias. Esta vez no había perros, tan sólo muchos gatos, y un matrimonio madrileño que estaba de vacaciones me atendió con mucha amabilidad.

-¿Necesitas agua? Ahora mismo, está cortada pero nosotros tomamos agua mineral, ahora mismo te lleno la botella. -La mujer entró en la casa mientras el marido y los chicos me daban conversación. Habían alquilado aquella casa para las vacaciones y estaban disfrutando de unos días tranquilos lejos de ruidos y de aglomeraciones. Entendían perfectamente mi peregrinación,

-Algún día nos animaremos.

-Seguro que no os arrepentís, es una experiencia única.

Con mi botella llena de agua fresca reanudé el camino dando las gracias, una vez más unas personas encantadoras habían resuelto un problema de los muchos que todos tenemos en el camino.

La carretera secundaria por la que circulaba cruzaba la autovía por un puente y enfilaba Villaviciosa, la gran concentración de la comarca. Allí había de todo: tiendas, bancos, centros de asistencia sanitaria y por supuesto alojamientos para turistas. De albergue de peregrinos ni hablar. En una tienda repuse provisiones para el día siguiente y en un bar amueblado al estilo colonial descansé un rato tomando un café y unas magdalenas. Los pies ya se quejaban y un rato de descanso sin zapatillas venía muy bien.

Salí de nuevo a la calle, donde un sol bastante fuerte había hecho subir notablemente la temperatura, y empecé a buscar las indicaciones del camino. No había muchas y tras parar a hacer una foto en una preciosa iglesia románica traté de seguir el itinerario anunciado en la guía. La falta de señales era evidente, las indicaciones de los lugareños no demasiado precisas y al final no quedó más remedio que continuar por la carretera. La provisión de agua se terminaba de nuevo y me vi obligado a recurrir a la amabilidad de un empleado de una especie de garaje para reponerla. No era día ni lugar para quedarse sin ella.

El único camino posible era la carretera, la AS 113 que subía y subía sin parar. El asfalto estaba más bien caliente pero no tenía opción; tomé el asunto con calma y seguí adelante esperando que en algún momento las cosas mejorasen. La falta absoluta de arcén era una dificultad añadida y cada vez que oía el ruido de un motor la única solución para evitar molestar era recostarme en la pared rocosa de la izquierda. Caminar en esas circunstancias no resultaba de lo más placentero y traté de evitar que el desánimo y el cansancio hicieran su efecto.

Cuando ya llevaba un buen trecho sin ver señales, y sintiendo que las distancias no coincidían con las de la guía, pregunté a un conductor de un vehículo aparcado en un desvío lateral quien confirmó que estaba en el camino y que por esa carretera llegaría a la Vega de Sariego, final previsto de etapa. Tranquilizado al respecto continué marchando lentamente pero notando síntomas de un cansancio ya bastante evidente.

Hacia el kilómetro 8 de la carretera aparecieron a la izquierda señales del camino. Y no señales normales, nada menos que poyos de cemento con vieiras. Aquello era prometedor y después de tantos kilómetros de asfalto resultaba muy atrayente. Sin pensarlo dos veces empecé a seguir las señales y éstas me llevaron por una senda a través de la maleza subiendo a media ladera. No entendía muy bien esa necesidad de subir aún más pero las señales eran inequívocas. Al cabo de un rato el camino se estrechó y quedó reducido a un sendero apenas esbozado, un pequeño hueco entre la maleza casi completamente cerrado por las ramas espinosas; por allí no había pasado nadie en mucho tiempo. Dudé, pero tras unos cuantos golpes a las zarzas con el bastón y varios arañazos en brazos y piernas aquello mejoró. La vegetación era algo más baja, como de unos dos metros de altura, y a la izquierda aparecieron dos flechas en la pared rocosa. No había duda, el camino iba por ahí. Seguí adelante intuyendo más que viendo el camino a seguir. La vegetación se cerraba cada vez más y ya iba sintiendo cierta prisa por terminar de atravesar aquel mar de zarzas y tojos, donde me estaba llenando de heridas, y salir a terreno libre cuando el sendero se terminó de repente. No seguía por ninguna parte. Me detuve sorprendido. Aquello era ilógico, más que ilógico absurdo; había seguido las señales, había seguido una especie de sendero y ahora estaba plantado ahí, en medio de la nada. Miré alrededor y comprobé, no sin cierta aprensión, que estaba completamente rodeado de una espesísima maleza compuesta por tojos y zarzas. Tanteé hacia un lado y otro y en todas las direcciones encontré lo mismo: un mar impenetrable de espinas enganchándose en mis brazos y piernas, que ya sangraban en varios puntos, y donde todo parecía querer aprisionar-

me. Estaba rodeado por un muro de metro y medio o dos metros de altura del que no podía esperar salir si no era desandando el camino por donde había llegado. Traté de mantener una cierta serenidad pero algo fallaba; la adrenalina se había disparado y traspiraba abundantemente.

Di media vuelta y traté de encontrar el punto débil en la maleza por donde había aparecido en aquel maldito lugar. Tanteé con cuidado, procuré no herirme más de lo que ya estaba y avancé penosamente entre las zarzas intentando no salir del sendero. Sin embargo no lo conseguí; enseguida aparecí en un claro diminuto por donde evidentemente no había pasado y del cual no veía ninguna salida. Estaba atrapado como una rata y en un momento evalué mis posibilidades. Para empezar estaba lleno de arañazos más escandalosos que graves pero ya constituían una indicación clara de lo que podía esperar si continuaba con mis intentos. Iba vestido con el atuendo normal de camiseta y short, a todas luces inadecuado en un lugar así, pero ni el pantalón largo de tejido ligero, ni el chubasquero, prendas ambas que llevaba en la mochila, podrían servir en aquel lugar para intentar abrirme paso; se engancharían y se desgarrarían sin remedio y sin provecho. Estaba traspirando mucho más de la cuenta lo cual haría bajar rápidamente mi nivel de líquido y de no reponerlo, para lo que ya tan sólo disponía de un cuarto de litro de agua y algunas ciruelas, la sed iba a ser espantosa y la deshidratación segura en breve plazo.

Total: aunque nunca habría imaginado verme en semejante situación tenía que pedir ayuda. Era increíble pero estaba en un apuro del que necesitaba que alguien me sacara o mi situación sería desesperada en un plazo no demasiado largo. No quise prolongar más la espera y eché mano del móvil, afortunadamente tenía batería y cobertura, marqué el 112.

-Protección Civil al habla. ¿En qué puedo ayudarle? -¡Gracias a Dios!

-Mire, soy un peregrino en el Camino de Santiago, he salido de Villaviciosa en dirección a la Vega de Sariego por la carretera AS 113, a la altura del kilómetro siete u ocho he tomado un desvío lateral a la izquierda y estoy en una ladera de maleza de la que me es absolutamente imposible salir. No estoy herido pero la salida es imposible y necesito ayuda, me queda poca agua y si permanezco aquí mucho tiempo sufriré una deshidratación. Lamento estar haciendo el ridículo de esta forma pero le aseguro que no soy un excursionista novato que se ha perdido, tengo cincuenta y cinco años y es mi quinto Camino de Santiago.

-No se preocupe, no hace el ridículo, le enviaremos ayuda. Dígame cómo está vestido.

-Llevo una camiseta blanca y un short azul. Mi mochila es roja y llevo una estera plegada que puedo usar para hacerme ver.

-Dígame qué ve desde donde está.

-Veo una casa de ladrillos con tejado normal y puertas y ventanas verdes. Veo además unos cien metros de la carretera por la que he venido, la AS 113, y en ella una señal de curva a la izquierda y luego a la derecha, una recomendación de 40 por hora y un indicador kilométrico de un solo dígito. Estoy a unos trescientos metros de la carretera pero me es absolutamente imposible alcanzarla.

-Muy bien, no se preocupe, mantenga el móvil abierto, le enviamos ayuda.

Consciente de lo lento que pasa el tiempo para quien espera ser rescatado traté de aprovecharlo. Si finalmente se me enviaba un helicóptero necesitaría llamar la atención del piloto y para ello nada mejor que el reflejo del sol en un espejo. Saqué el estuche de aseo y con mi navaja multiuso raspé un poco el centro del espejo, con ello podía dirigir el reflejo del sol a cualquier punto como hacían los otorrinos antiguos cuando examinaban la garganta a los

pacientes. Cuando terminé busqué el tarro de plástico donde llevaba las ciruelas y muy despacio fui comiendo unas cuantas, eso repondría líquidos y si se hacía necesario esperar me encontraría bien. Mucho antes de lo esperado sonó el teléfono, los bomberos de Villaviciosa subían a buscarme, la operadora de Protección Civil me pasó la llamada y entré en contacto con quienes iban a por mí.

-Subimos por la carretera, estamos llegando al sitio que se ve desde donde estás. Cuando nos veas avisa.

-De acuerdo, de momento no os veo.

-Llevamos un todo terreno amarillo con rotatorios ámbar.-Muy bien, mantenemos comunicación.

Un instante después salió de la curva el vehículo más maravilloso que he visto en mi vida. El todo terreno de los bomberos.

-¡A la vista! -Frenaron en seco- Estoy en la ladera que tenéis justo enfrente en línea recta.

-¡Te vemos! No te preocupes, vamos a intentar sacarte desde arriba, no te muevas de donde estás.

-No me muevo. -¡Qué más hubiera querido yo que haberme podido mover, y haberme ido muy lejos!

Cortamos la comunicación, aquellos hombres sonaban a muy profesionales.

Un cuarto de hora más tarde me llegaron sus voces.

-Ohée!

-Ohée -Nada más, un rato después se repitieron las voces. Respondí con el mismo grito y esperé. Tras cuatro o cinco "comunicaciones" más apareció uno de ellos a unos treinta metros de donde estaba.

-¿Puedes llegar hasta aquí?

-Creo que sí.

-En línea recta puedes abrirte paso.

Luché un poco con la maleza y finalmente alcancé a mi salvador quien me tendió una botella de agua.

-Toma, debes de tener sed ¿Estás bien?

-Perfectamente -dije tomando la botella y poniéndome a beber como una rana.

Mis brazos y piernas estaban llenos de sangre pero no eran más que arañazos superficiales.

-Vamos.Le seguí, había abierto camino hacia arriba y tras unos cien metros de maleza salimos de aquel lugar endemoniado. A media ladera en medio del campo estaba el todo terreno.

Me habían salvado. Era plenamente consciente de que aquellos dos hombres me habían salvado. Tras la etapa que llevaba y con la provisión de agua disponible no podía durar muchas horas, un intento de salida a la desesperada no habría podido terminar más que en destrozos y probablemente en agotamiento. Así se lo hice saber, ellos rechazaron los elogios.

-Nada, es nuestro trabajo, además nos diste muchas facilidades al dar tu posición con tanta precisión.

En fin; todo acababa bien. Bendito móvil y bendita Protección Civil.

Quisieron llevarme al ambulatorio para curar las heridas pero aquello no tenía importancia y pedí que me dejaran en Valdediós, no quería avanzar por medios ajenos a la peregrinación. Charlando amigablemente, y todavía bajo los efectos del susto que había pasado, llegamos al monasterio de Valdediós donde un monje muy amable me llevó al albergue. Me despedí de los dos bomberos, a quienes guardaré eterna gratitud, y procedí a completar la jornada con los habituales ritos de aseo, colada y cena en un restaurante próximo.

En el albergue no había ningún peregrino pero sí un grupo de chicos y chicas de una asociación local que iniciaban ese mismo día una especie de turno de campamento. Se iban a dedicar entre otras cosas a la limpieza del río próximo y ese detalle ya me les hizo simpáticos. Una de las monitoras, una pelirroja encantadora a cargo del botiquín del grupo, reparó en mis heridas y me ofreció su ayuda. Como es natural, después de la ducha y de haberme frotado brazos y piernas con la esponja y abundante gel, acepté sus cuidados, éstos resultaban auténticamente profesionales.

-Muchísimas gracias, después de lo que he pasado eres la mejor enfermera que podría desear.

-Soy enfermera, por eso tengo a cargo el botiquín. -Dijo mientras continuaba pasando sobre mis arañazos algodones empapados en agua oxigenada.

-Se nota, nunca habría esperado tener esta suerte

-Pues ya ves, no todo sale mal.

No, no todo salía mal. Aquella chica que dedicaba su tiempo libre a dirigir un grupo de chicos en una actividad no remunerada y absolutamente solidaria me estaba demostrando una competencia profesional y una calidad humana capaces de reconciliarme con la vida. Con esa vida que tan mal me acababa de tratar una hora antes.

Cuando se secó el desinfectante salí del refugio y fui hacia el restaurante próximo, necesitaba comer comida normal. Entre el susto y los esfuerzos del día estaba ya hambriento. El restaurante no decepcionó.

Después de la cena volví al albergue ya lleno de gente joven y ruidosa. Tras un rato de charla con tres de los monitores me despedí y entré en la sala donde estaba instalado el dormitorio. Era pronto y contaba con que en la habitación contigua el ruido seguiría hasta tarde. Aquel grupo no tenía por qué tener costumbres de peregrino y entré en el saco de dormir dispuesto a tener paciencia. No fue necesario en absoluto. En cuanto vieron que me acostaba los monitores se llevaron a todos fuera y cuando mucho más tarde regresaron para acostarse apenas los sentí. Eran una gente extraordinariamente considerada y cuando a las seis de la mañana me puse en movimiento procuré no hacer el menor ruido hasta estar bien lejos y seguro de no molestar. Era lo menos que se merecían.

6ª Etapa

Valdediós-Oviedo. 35 km

27 07 04 Martes

Desayuné en la sala común y enseguida estuve en condiciones de iniciar la marcha. Quería alcanzar lo antes posible el refugio de la Vega de Sariego, el sitio donde habría dormido de no haber sufrido el espinoso percance, y no perdí tiempo.

La mañana era maravillosa, apenas amanecía cuando abandoné el refugio donde tan bien había descansado y tras tomar un par de fotos empecé a bordear la tapia y a subir por una pequeña carretera. El silencio apenas era roto por el canto de algunos pájaros. Caminaba a buen ritmo y disfrutando de los paisajes que se iban dibujando, de los olores, de los rumores y de la inigualable sensación de estar allí, bajo el cielo, en el camino, con la mochila a la espalda y en buena forma física y emocional.

Cruzando las pequeñas aldeas de Vallinaoscura y Villarrica fui saludado una vez más por los ladridos de perros agresivos no habituados en absoluto al paso de viandantes, y menos a esas horas. No lograba acostumbrarme a esa constante amenaza tan característica del Camino del Norte y empecé a pensar en cual sería la solución si alguna de aquellas fieras lograba, como intentaba denodadamente, romper la cadena y lanzarse sobre mí. A lo largo de la caminata del día fui pensando en ello y encontré una solución que pondré en práctica la próxima vez que salga. Un punzón montado en un tubo de PVC que se pueda encajar en la punta del bastón en caso de peligro inminente. Si un perro peligroso llega a atacarme tendré al menos la posibilidad de defenderme. También es triste verse obligado a andar pensando en emular a San Jorge y no a nuestro pacífico Santiago Peregrino como es lo natural.

Poco a poco fui alcanzando el Alto de la Campa, un lugar sin mucho interés, pasado el cual inicié el descenso por la carretera. Atravesé algunos pueblos y las señales terminaron por desaparecer, una vez más. Por fin, y tras desandar cerca de un kilómetro, llegué a la Vega de Sariego, un lugar con refugio, cerrado, y con un bar en donde pude tomar el café que a esas horas tan necesario resulta.

A partir de ahí el camino era una carretera, afortunadamente de muy poco tráfico, la cual después de atravesar algunos pequeños núcleos de población terminaba en Pola de Siero. Los perros continuaron siendo causa de preocupación y en algún momento tuve que salir al medio de la carretera para esquivar sus ataques. Atados y todo continuaban siendo un peligro.

En Pola de Siero me encontré una gran población en día de mercado o al menos de mercadillo. En el ayuntamiento una amable funcionaria selló mi credencial y me dio indicaciones sobre cómo seguir el camino. Al parecer había pocas opciones. Carretera o carretera, y ya estaba bien. En un día caluroso no resultaba muy agradable pero tampoco era necesario tomarlo a mal.

Cuando llegué al centro de la ciudad vi un vehículo de la Guardia Civil y pedí a su conductor, un suboficial, hablar con él. El hombre paró y escuchó con paciencia mi relato acerca del peligro representado por los perros que obligaban a los viandantes a salir al centro de la calzada para evitar ser atacados.

-Tiene usted toda la razón -reconoció- y en las actuales circunstancias, con la normativa vigente, no tendría por qué haber estos problemas, todo está muy claro. Pero la gente del campo no se da por enterada y prefieren enfrentarse a las consecuencias de tener a sus perros como los tienen.

-Sí, pero si un peregrino es atropellado por huir de un perro de esos la cosa no tendrá ninguna gracia. Por favor, den una vuelta por donde le he dicho y traten de poner remedio.

-Descuide, iremos por allí, pero le aseguro que la cosa no es fácil.

Ya lo imaginaba. La gente tiene miedo y un perro es un medio bastante barato y eficaz de sentirse seguro. Pero los que no vamos molestando a nadie no tenemos por qué correr unos riesgos de sobra evidentes.

Cuando estaba próximo a la salida del pueblo perdí las señales y traté de obtener información preguntando a un guardia municipal. El hombre puso cara de sorpresa.

-¿El Camino de Santiago dice usted?

-Sí, ya sabe, pasa por aquí y va a Oviedo.

-Claro, claro, pues sí, la carretera de Oviedo es esa. -Dijo señalando en dirección a una hermosa carretera que podía ver cualquiera.

-¿Y el camino va por ahí?

-Claro, es la carretera de Oviedo como le digo.

-Muchas gracias agente.

No tenía la cosa muy clara y caminé hacia la salida esperando encontrar alguna indicación de camino o senda auxiliar. Aquella carretera nacional, llena de tráfico y ardiendo bajo el sol, con Oviedo a dieciséis kilómetros, no era un lugar atrayente para dar un paseo, al menos en esos momentos. Pero no había opción y seguí adelante disfrutando de un calentamiento de pies más bien notable.

En El Berrón pude salir de la carretera y caminar. por otra pero de menos tráfico. Aquello era bastante mejor pero tampoco resolvía el problema. Quería campo, silencio, soledad, hierba y guijarros bajo los pies y de vez en cuando una sombra amiga. Por donde caminaba no había nada de eso. Asfalto y edificaciones, algunos vehículos y por supuesto los omnipresentes perros ladrones. Era ya la hora de comer y aproveché una fuente, anunciada en la guía, para una parada y la comida de mediodía. Con dificultades logré acomodarme a la sombra al lado de la fuente. Apenas había sitio pero sentado sobre la estera abrí la lata de conservas habitual y con los pies libres de las zapatillas pasé un largo rato recuperando fuerzas y ánimos. No estaba en mi mejor forma; no se si por la resaca de lo vivido el día anterior o por lo poco atractivo del paisaje y el entorno además de por la opresiva soledad de varios días lo cierto era que me encontraba bastante desanimado.

-Esto es un estado anormal, absolutamente anormal -me dije- he deseado demasiado estar aquí como para no disfrutar cada instante, por duro que esto esté resultando. Sea como sea es preciso reaccionar.

Y reaccioné. No fue difícil empezar a pensar que todo estaba bien, muy bien. En el camino, sin lesiones, en forma, bien equipado y con una meta próxima no podía desear más. Disfrutar el entorno y dejar que Oviedo se aproximara.

Seguí adelante. No era tarde, no iba a caminar demasiadas horas y a pesar del calor sentía mucho menos cansancio que en días anteriores. Seguramente la adaptación al camino se iba notando.

Cuando ya sentía la proximidad de Oviedo el camino se metió por un sendero lateral. Posiblemente con eso se iba a alargar la etapa un poco más pero no importaba. Después de tanto asfalto un rato de tierra y laterales de hierba se iba a agradecer. Pero estaba cerca de una ciudad y no podía pensar en demasiada soledad y tranquilidad. Las instalaciones industriales y las urbanizaciones se fueron sucediendo, no, aquello no era el campo. De pronto me encontré en un lugar de pesadilla. El camino atravesaba de forma inequívoca un campamento de esos que se ven en las películas cuando se quiere retratar el mundo marginal y en donde se producen toda clase de delitos y desgracias. Vehículos a medio desguazar, basura de todas clases, cabañas de cartones, electrodomésticos destripados, restos de basura de toda procedencia, música estridente y un olor nada grato. Las, afortunadamente pocas, personas que vi no me hicieron caso y parecían acostumbradas a ver peregrinos. No pude menos de pensar en el mal rato que tenía que pasar cualquier peregrina solitaria que atravesara tal lugar al atardecer. A las cuatro de la tarde que debían de ser yo estaba deseando salir de allí. No parecía nada lógico que el camino estuviera indicado a través de semejante sitio pero no había la menor duda.

Cuando salí de aquel escenario de miseria alcancé al poco tiempo un puente medieval precioso. Parecía una compensación. Eso sí, para que no olvidara una de las esencias del Camino del Norte en cuanto me senté en un lateral a descansar y a tomar una foto un perro de un prado vecino comenzó a ladrarme con todas sus fuerzas. No me podía alcanzar pero sus ladridos resultaban molestos, sobre todo cuando lo que necesitaba era un rato de reposo sentado sobre las viejas piedras y disfrutando de la paz del lugar.

La entrada en Oviedo no acaba de ser especialmente atractiva; lateral de carretera y tráfico abundante saludan al peregrino y le acompañan hasta bien adentro de la ciudad. Fue en ese tramo cuando de un vehículo que pasaba asomé medio cuerpo de un individuo que me saludó con grandes ademanes y me mostró al pasar un llavero con la flecha amarilla. Fue un detalle muy de agradecer; me sentí reconocido como peregrino sin duda por otro peregrino que se alegraba de verme. Estos son momentos que compensan de muchas otras cosas.

Sabía por la guía que en Oviedo había albergue de peregrinos pero no tenía ni idea de dónde podía estar y para averiguarlo encaminé los pasos hasta la siempre bien indicada Oficina de Turismo. Allí tuve que hacer cola un buen rato y cuando llegué al mostrador pedí la información tan necesaria en esos momentos.

-El albergue de peregrinos está aquí -me dijo un eficiente informador señalando el lugar sobre un mapa de la ciudad- pero me parece que hasta las siete no se abre.

-No es posible.

-No estoy seguro, pero me parece que sí.

-Bueno, voy a averiguarlo.

Salí a la calle y cuando estaba cerca del lugar indicado encontré a una pareja de peregrinos holandeses con quienes inicié una conversación en inglés sobre el asunto del momento. Quedé bastante decepcionado cuando confirmaron lo ya oído en la Oficina de Turismo. Hasta las siete no se abría, ellos habían estado allí y ahora buscaban un hotel o similar pues eran las cinco de la tarde y no tenían ganas de esperar en la calle. Para mí la cosa resultaba un tanto molesta; estaba cansado y era la primera vez que terminaba una etapa tan pronto, pretendía descansar y tener tiempo para ver la ciudad y aquello trastocaba un poco los planes. De todas maneras no era una tragedia. Después de beber agua en una fuente y de descansar un rato volví a la zona de la catedral por la que había pasado a la entrada en la ciudad. Quería visitar el famoso Salvador de la rima.

Quien va a Santiago

Y no al Salvador

Visita al criado

Pero no al señor.

Pregunté y me indicaron que el famoso Salvador era una imagen en el interior de la catedral. Miré a mi alrededor y al pie de una de las columnas de la derecha, cerca del altar encontré la casi milenaria imagen. Mi sorpresa fue grande al comprobar que esa imagen era el motivo central de un póster que durante todo el año había adornado una pared de mi despacho. En el centro donde estoy destinado había visto un póster del Camino Francés con fotos de un montón de campanarios y en el centro el Santiago del Pórtico de la Gloria. Me había gustado mucho y pedí otro a la oficina española de turismo de Bruselas. Cuando lo recibí comprobé que no era el deseado sino uno casi igual pero del Camino del Norte con una imagen de Cristo en el centro. Durante todo el año aquel póster me había hecho soñar con campanarios y sendas, peregrinos y paisajes, imágenes y estrellas. Ahora, en la catedral de Oviedo, me encontraba ante el famoso Salvador al que, sin conocer, tanto había mirado durante los largos meses de espera. Sin que yo fuera consciente Él me había llevado hasta allí. No pude evitar una gran emoción y estuve largo rato inmóvil ante la imagen meditando y agradeciendo que un momento semejante no fuera ya un sueño sino una gozosa realidad.

Hacia las seis y media de la tarde estaba sentado en un banco, en compañía de la pareja de peregrinos holandeses quienes no habían encontrado hotel de su gusto, esperando la hora de dirigirnos al refugio. Mis dedos aún parecían tener varias espinas de las recogidas, bien a mi pesar, durante la famosa aventura en las laderas de Villaviciosa. Una de ellas parecía incrustada y ante el temor de una posible infección decidí buscar ayuda cualificada. Al preguntar a unas viandantes por el ambulatorio y decirles para lo que era, una de ellas se declaró enfermera y se puso a examinar mi maltratado dedo.

-A ver, que me ponga las gafas.

-Al parecer está bastante adentro.

-¿Notas algo? -dijo al tiempo que oprimía sobre la marca oscura donde se suponía que estaba la espina.

-No, nada.

-Entonces no tienes nada, la espina ha salido, eso es solamente la señal.

-Muchísimas gracias -dije muy tranquilizado- no hay nada como los cuidados profesionales.

La escena había tenido su gracia. Allí, en medio de una calle ovetense, una enfermera, la segunda de la peregrinación, había estado examinando una supuesta herida de un peregrino. La maravillosa gente que uno se encuentra en estos casos es uno de los principales aliados del camino.

A las siete fuimos admitidos en el refugio donde ya había algunos peregrinos más. No era muy grande pero tenía todo lo que se podía desear y como era además un centro de reunión de la Asociación de Amigos del Camino estaba muy bien atendido.

Los trámites de admisión fueron muy completos, con un cuestionario detallado sobre quien era cada cual con sus lugares de procedencia, residencia, trabajo y estudios. Los pobres

holandeses no entendían una palabra y como el que les preguntaba sólo hablaba español me pidieron que hiciera de intérprete. Una vez más pude comprobar la enorme utilidad de los idiomas en el camino, sobre todo cuando se tropieza con extranjeros tan optimistas como para pretender desenvolverse en España sin hablar absolutamente nada de español.

Salí a cenar, necesitaba una buena fabada asturiana para, en lo posible, reponer proteínas y demás "inas" pues estaba haciendo unas jornadas tan largas que apenas tenía tiempo para comer decentemente. Durante la marcha llevaba siempre, sujeto en un lateral de la mochila y al alcance de la mano, un vaso de plástico lleno de frutos secos y continuamente iba reponiendo el nivel de glucosa de mi castigado organismo. También la botella de agua iba a mano, en una funda aislante y sujeta en la parte trasera izquierda del cinturón de la mochila. De esta forma podía comer y beber sin detener el paso lo cual resultaba muy práctico pues en ningún momento llegaba a estar falto de glucosa o de líquidos, causa principal del agotamiento. De todas formas al final del día nada como una buena cena y eso es lo que conseguí en un pequeño restaurante céntrico y por un precio verdaderamente muy razonable.

Mientras esperaba a que me sirvieran escribí unas postales adquiridas durante la visita a la catedral. Una iba a Francia, a mi amiga Jasmine Briot, una colaboradora inestimable en los tiempos de trabajo en París y aspirante a peregrina en fecha próxima. La otra iba a Australia a una compañera de peregrinación de Paloma, mi mujer, en la primavera del 2002. Estaba seguro de que ambas se alegrarían de recibir noticias desde el propio camino.

Volví al refugio y enseguida pude dormir, lo necesitaba y quería estar en buena forma para la siguiente etapa que prometía ser de nuevo dura.

7ª Etapa

Oviedo-San Juan de Villapañada. 27.4 km

28 07 04 Miércoles

No fui el primero en amanecer. En el refugio había varios peregrinos iniciando allí su camino y tenían prisa así que habían empezado hacer ruido muy pronto. Cuando sonó el móvil ya estaba despabilado y listo para comenzar la jornada.

En la sala común encontré a tres peregrinos más: una pareja de levantinos no muy preparados, quienes ultimaban la organización de sus mochilas, y un individuo delgado, con barba, un poco estafalario y bien equipado. Mientras los demás ultimaban sus preparativos organicé y tomé mi desayuno. Enseguida estuve en condiciones de iniciar la marcha pero antes estuve un buen rato ayudando a los levantinos a organizar sus mochilas, tal como las llevaban no podrían caminar mucho tiempo.

Cuando salí a la calle el peregrino que me había parecido un poco extraño se vino conmigo. Aquello no formaba parte de mis planes pero entendí que Telesforo, así dijo llamarse, era un peregrino igual que yo y no podía negarle mi compañía, al menos mientras nuestros ritmos de marcha fueran compatibles.

En las calles de Oviedo ya nos perdimos por primera vez, no tomamos la calle adecuada y tuvimos que recurrir al plano que nos habían dado. Después, por un lateral de carretera nos acercamos a la salida y en un barrio periférico enfilamos una carretera comarcal. El paisaje era verde y limpio, el cielo estaba cubierto y caían algunas gotas de lluvia, el día prometía ser agradable.

La bonita carretera comarcal desembocó en una más grande y en ella encontré enseguida un bar abierto. No era la hora del segundo desayuno pero estaba escarmentado de la falta de sitios para desayunar y no quise perder la oportunidad. Telesforo decidió continuar y nos separamos, nos volveríamos a encontrar muy pronto.

El bar acababa de abrir y una amable propietaria camarera me sirvió el café y las magdalenas que animarían mi esqueleto para continuar adelante. El marido de la dueña también desayunaba a mi lado y pudo informarme del camino que tenía por delante. Nada de particular, carretera y algunas sendas, lo mismo que en las etapas anteriores al parecer.

Sin embargo cuando empecé de nuevo a caminar, y tras terminar un tramo de asfalto, entré en una zona de bosque maravillosa. No era la primera desde luego pero esta tenía una belleza especial, con altos árboles y un suelo bastante libre de maleza. Daba gusto caminar por un sitio semejante y para colmo de felicidad abundaban las señales. Decididamente el camino había cambiado, aquello no tenía nada que ver con lo recorrido hasta Oviedo, a ver si teníamos suerte y la cosa continuaba, hasta entonces no estaba demasiado satisfecho con el terreno que me había visto obligado a atravesar.

Ascendiendo fui llegando a la Venta del Escamplero, un simple cruce de carreteras con algunos edificios y un refugio de peregrinos. Poco antes de llegar saludé a una mujer como de sesenta años que estaba pintando la verja de hierro de un chalet precioso.

-Buenos días.

-Buenos días, ¿qué tal el camino?

-Muy bien, este sitio es precioso y el camino hasta aquí no cabe más.

-Sí, esto es muy tranquilo, da gusto estar aquí.

-Y más en una casa como esta.

-Es verdad, es una casita en la que estoy mejor que en ningún sitio. Mis hijos no quieren que esté aquí pero yo no me siento tan bien en ninguna otra parte.

-No me extraña, además está usted al lado del Camino de Santiago nada menos.

-Sí, y me encanta ver peregrinos y hablar con ellos. Ayer vi pasar una familia de nueve, el padre, la madre y siete hijos. El pequeño llevaba su mochila y marchaba como cualquier peregrino, me dijo que tenía cuatro años.

Fue la segunda vez que oí hablar de esa familia, la primera había sido en Valdediós donde habían pernoctado. Ahora lo habían hecho en el refugio de Vega del Escamplero, lógicamente se estaban haciendo famosos.

Continué adelante y de nuevo entré en senda a través del bosque. Aquello era el camino que había ido buscando: bosque, silencio, sendero, una temperatura ideal y las señales necesarias. Imposible pedir más. Cuando ya salía topé con una mujer que llevaba un caballo de la brida, era una campesina atendiendo sus tareas y la saludé al cruzarnos.

-Buenos días.

-Buenos nos los dé Dios.

-¿Qué, trabajando?

-Claro. ¿Y usted, camina solo?

-Sí, se va muy bien por estos caminos.

-¿Y no le da miedo? No por nada, me refiero a ponerse enfermo o algo así.

-Bueno, no vamos a estar aquí para siempre. Algún día será el último.

-Sí claro, pero eso de ir solo.

-Nunca se está solo en el camino, siempre se encuentra gente estupenda.

-Si usted lo dice.

-Claro que sí, ya ve, ahora la he encontrado a usted.

El camino terminaba allí mismo, la carretera volvía a presentarse y entré en Peñafior cruzando un puente sobre el Nalón. Un poco más adelante estaba Grado, un buen sitio para encontrar todo lo que pudiera hacer falta. El camino volvió a ser una senda de tierra y por ella apareció un corredor practicando su sesión de jogging. Iba tan concentrado que tuve apuro de saludarle, seguramente un peregrino en su circuito de carrera resultaba un estorbo. Más adelante volvimos a cruzarnos y siguió mostrando su absoluta indiferencia, de todo ha de haber en estos caminos de Dios.

A la entrada de Grado entré en un supermercado a reponer provisiones. Tenía intención de pasar la noche en San Juan de Villapañada y por lo indicado en la guía, y confirmado posteriormente, allí no había nada de nada, si quería cenar algo tenía que llevarlo. Compré algunas conservas, pan, chorizo, queso, uvas y un par de latas de cerveza. La mochila aumentó un poco de peso pero una cerveza con la cena sin duda resultaría muy agradable. Con respecto a las uvas no tenía ninguna dificultad para llevarlas. En el equipo había incluido dos tarros de plástico que no pesan prácticamente nada y donde tanto la fruta como las pastas del

desayuno iban perfectamente protegidas. Un hallazgo de mucha utilidad para un peregrino con pretensiones de ser autónomo.

Atravesé Grado y a la salida empecé a seguir las señales. Un coche que pasaba frenó a mi lado y su conductor me indicó una pequeña carretera como el camino más adecuado. Hice caso e inicié una larga subida por asfalto bordeando el cementerio. No había señales pero la dirección era inequívoca y el camino cómodo. El cementerio era enorme y en él llamaban la atención unos mausoleos que denotaban el nivel de sus propietarios, tierra de indianos, no hay duda. Aquellos emigrantes de finales del XIX habían trabajado en América con auténtica energía, algunos habían tenido éxito y habían regresado a su tierra como triunfadores. Los palacios que habían edificado son aún hoy un testimonio de sus triunfos, y por lo que podía ver no habían querido quedarse a medias y habían llevado el alarde más allá de esta vida.

La carreterilla me llevó a una zona habitada donde un grupo de hombres estaba charlando en compañía de varios perros. Como no podía ser menos en cuanto éstos me olieron salieron disparados en mi dirección ladrando como locos. Ninguno tenía pinta de peligroso y el único pastor alemán del grupo permanecía tranquilo, pero a punto estuve de sacudir un buen golpe a un Basset muy grande que sin duda estaba tratando de hacer méritos ante su amo y se acercaba más de lo prudente. Naturalmente los dueños me tranquilizaron, o al menos lo pretendieron.

-No se preocupe, no hacen nada.

-Pues no lo harán, pero amenazan que da gusto.

-Sí, pero no se preocupe, pase sin miedo.

-Y ustedes a ver si les sujetan, los perros no pueden estar sueltos por donde pasa gente.

Bueno, no era para tomárselo demasiado a mal, a fin de cuentas estaban en su pueblo y el forastero era yo, pero empezaba a adquirir una fobia por los perros que nunca hasta entonces había sentido.

En un cruce apareció la señal indicadora de la dirección al refugio. No era en el camino sino a casi un kilómetro a la derecha. Fui en el sentido indicado y tras atravesar un poblado más bien sucio y lleno de trastos -enfermedad endémica de tantos lugares de España- llegué a destino: San Juan de Villapañada, un pequeñísimo pueblo que, como tantos otros, conoció tiempos mejores. En la iglesia pregunté por el refugio y me encaminaron a una casa en donde me darían la llave.

El refugio eran las antiguas escuelas y de él se ocupaba uno de los últimos vecinos que quedaban, un hombre mayor, simpático y dicharachero que mostraba su refugio con el legítimo orgullo de un propietario rural. Aquello estaba muy bien. Una sala con literas, otra donde había cocina y comedor, y dos baños separados. En cuanto a espacio no había problema; yo era el único ocupante.

Escogí una de las literas, tomé una ducha caliente maravillosa, hice la colada que tendí en una cuerda colocada entre dos literas y me disponía a descansar cuando apareció una peregrina. Era una chica muy guapa, con una pesada mochila de peregrina sin apoyos y que hacía el camino en solitario. Se instaló y me contó que se llamaba Blanca, era de Valladolid, residente en Madrid y arquitecto de profesión. Su novio no había podido acompañarla y ella había decidido hacer el camino sola. Apenas terminó de instalarse cuando apareció Telesforo, mi compañero del comienzo del día. Sería el último peregrino del refugio, desde luego el Camino del Norte no está masificado, ni siquiera concurrido.

Organizamos la cena en la mesa que había al aire libre, cada uno sacó sus provisiones y Blanca nos dio la sorpresa de aportar unos trozos de lomo con patatas que llevaba envueltos en papel de aluminio.

-Es que el menú del día era un marmitaco de bonito y de segundo lomo con patatas. Me puse ciega con el marmitaco y pedí que me envolvieran el lomo y las patatas para cenar.

-Estupenda idea.

Después de la cena tuvimos un rato de conversación con el encargado del refugio en su casa. El hombre vivía solo, por lo que vimos no se las arreglaba mal y estaba encantado tratando con los peregrinos. Nos invitó a un licor con guindas preparado por él mismo. Estaba muy bueno y fue el complemento ideal para llegar a la cama en condiciones de coger el sueño enseguida.

La noche era estupenda. Blanca se fue a pasear y mirar las estrellas, Telesforo se puso a leer y yo me metí en el saco y casi enseguida caí en un profundo sueño del que me sacaría el móvil a las seis de la mañana.

8ª Etapa

San Juan de Villapañada-Tineo. 37.5 km

29 07 04 Jueves

Cuando salí de la cama me encontré solo en el dormitorio. La litera que había escogido Blanca en el otro extremo estaba vacía y la de Telesforo en el centro también aunque sobre ella estaba su saco, aquello era más bien raro. Enseguida vi por la ventana a Telesforo haciendo gimnasia sobre la mesa. Bueno, eso explicaba un poco la musculatura tan desarrollada que lucía. De todas formas, las seis de la mañana no parecía un momento muy allá para esas actividades y menos cuando se iba a pasar el día en movimiento. En fin, allá cada cual –pensé– después de todo el pobre no hacía daño a nadie. Cuando pasé al baño a por agua para el desayuno encontré a Blanca durmiendo en la litera colocada en la sala común. Seguramente Telesforo, o yo, o los dos, habíamos roncado como peregrinos, que ya es roncar, y ellas había ido a la otra habitación para no oírnos.

Preparé el desayuno y mientras lo tomaba entró Telesforo de vuelta de sus penitencias mañaneras. Desayunó algo de fruta y unas pastas y como su velocidad de marcha era superior a la mía en cuanto estuve preparado desperté a Blanca como habíamos convenido, nos despedimos y salí al camino. Telesforo estaba preparando con calma su equipo y no tardaría en cogerme si quería que caminásemos juntos.

El amanecer era fresco, el día sería de nuevo ideal para caminar. Hasta el momento había tenido suerte; varios días habían sido tan nublados que alguna vez no había utilizado las gafas de sol ni el sombrero en toda la jornada, algo absolutamente inusual en esta época del año. El camino descendía por un valle verde maravilloso, de nuevo el silencio de la mañana no era roto más que por los cantos de los pájaros, caminar así no tenía precio.

Como era de esperar enseguida se me unió Telesforo y caminamos juntos. La guía no lo señalaba pero el camino nos llevó a una iglesia preciosa. Una maravilla románica o incluso prerrománica perfectamente conservada. En ella descansamos un rato y tomamos unas fotos antes de ponernos de nuevo en marcha. El camino no estaba indicado y cuando llegamos a una rotonda seguimos las señales de tráfico que nos encaminaron a Cornellana. Antes de llegar vimos en una altura del pueblo una casa que llamaba la atención; era enorme, con soportales de madera y parecía estar aún en construcción. Había visto muchas casas espectaculares en el camino pero aquella era algo fuera de lo corriente.

Como era ya el momento, y no iba a tener un lugar adecuado hasta bastante más adelante, decidí parar para el segundo desayuno en el primer bar que apareció. Telesforo continuaría su camino, probablemente nos volveríamos a encontrar más adelante. En el bar pedí el habitual café con leche y como tenían productos de fabricación local probé una especie de pastas de avellana que me fueron recomendadas por el camarero-propietario. Eran estupendas y resultarían un excelente tentempié, muy conveniente a la vista del esfuerzo anunciado por la guía como continuación de la etapa. Pregunté por la llamativa casa observada al llegar al pueblo y resultó pertenecer al dueño del bar. Aquello sí era sorprendente, nunca pude imaginar que un negocio como ese diera para tanto. De todas formas no me quedé muy convencido; o no hablábamos de la misma casa, o el dueño de ese bar tenía muchos más negocios y atendía ese por diversión. La casa era un auténtico palacio.

Cuando pretendí seguir el camino me equivoqué de nuevo. Seguí la calle principal, la carretera, y como no veía señales pregunté a una chica con aspecto de deportista.

-¿Por dónde va el Camino de Santiago?

-Te has pasado la desviación. Por la carretera también podrías seguir pero hay una senda que empieza en una calle más atrás.

-Por favor, indícame dónde es, no tengo más ganas de carretera.

Como caminábamos en la misma dirección me acompañó por la carretera hasta una calle que salía justo frente al bar donde había desayunado. Allí aparecieron las flechas y siguiéndolas salí del pueblo, justo en el Monasterio del Salvador, un sitio precioso. Delante había un crucero al pie del cual me hice la foto correspondiente, y un indicador de distancias en donde figuraban datos tan útiles como los kilómetros a Atenas, El Cairo o Sydney. Eso sí, al lado había indicaciones del camino y esas me sacaron de allí por una calle que terminó en un sendero.

El camino seguía por una senda maravillosa; suelo de tierra, árboles a los lados y un silencio casi absoluto. Al lado corría el río. Se veía que aquello estaba muy cuidado, las señales estaban claras y bien situadas y el terreno se había arreglado para hacer lo más cómodo posible el paso de los peregrinos. Algo nuevo. La senda salió del bosque y se convirtió en un camino de tierra por el que llegué a Salas, el fin de la etapa que indicaba la guía. Para mí sólo iba a ser la primera parte; de nuevo tenía intención de hacer una etapa doble y a pesar de que a partir de allí, según las informaciones y los esquemas, la cuesta arriba era muy fuerte decidí continuar adelante.

En Salas pasé por la bien atendida Oficina de Turismo donde dos chicas muy simpáticas me dieron toda clase de explicaciones sobre el tramo aún por recorrer hasta llegar a Tineo. En resumen se trataba de una larga subida por un buen sendero y luego unos tramos de camino y carretera. Estaba en condiciones de hacerlo y tras tomar unas fotos de las murallas y de la impresionante iglesia-fortaleza abandoné la población enfilando de nuevo un sendero precioso entre grandes árboles. Decididamente el camino que estaba recorriendo desde la salida de Oviedo no tenía nada que ver con el que había hecho desde Santander.

En una de las últimas casas pregunté por una fuente y me indicaron una a unos doscientos metros más adelante. Menos mal, en esta parte del camino podía encontrar hasta estos elementos indispensables para el peregrino. Una de las vecinas a quienes pregunté me habló de la familia de nueve que había visto pasar esa mañana. No había duda, se habían hecho notar en el camino, y no era para menos. Con un poco de suerte los encontraría más adelante.

El sendero subía sin parar, el terreno era bastante inclinado y procuré tomarlo con paciencia y caminar aún más despacio de lo que me sentía en condiciones de hacer. Siempre hago el esfuerzo de reducir la velocidad cuando las cosas se ponen difíciles. El instinto aconseja lo contrario: acelerar y terminar cuanto antes, pero tras muchos años de montaña y senderismo he llegado a la conclusión de que con la velocidad adecuada se puede caminar muchísimo más tiempo sin sentir gran fatiga. Y esa velocidad adecuada es mucho más reducida de lo que nos parece.

De esta forma, sin detenerme más que para beber algún sorbo de agua de la cantimplora de vez en cuando, fui ganando altura. El sendero pasó a la carretera donde el sol era bastante molesto y el asfalto estaba muy caliente, pero el tramo no duró demasiado. Volví a la senda entre árboles y ésta terminó en una carretera pequeña, al menos tuvo una ventaja: dejó de subir.

Estaba próximo a La Espina, no había árboles y el día se había vuelto típicamente veraniego, el calor se hizo sofocante. Necesitaba descansar y en un lateral del camino, a la sombra de unos árboles hice la parada de mediodía para comer algo más sólido que los frutos secos. Sentado en la piedra, descalzo y protegido del sol pasé un rato de relax mientras daba

cuenta de la comida del día, la habitual lata de conservas. Terminé y sin perder tiempo volví a caminar, Tineo estaba aún algo lejos.

Antes de salir de La Espina pedí agua en una obra, se ofrecieron a dármela pero me indicaron una fuente a la salida del pueblo. Era agua de la distribución general y por tanto no muy fría pero para lo que necesitaba en aquel momento era la garantía de poder continuar adelante sin problemas. El camino en esta parte está bastante más apoyado, no hay duda.

Unas flechas indicaban un sendero paralelo a la carretera y entré por él. No era muy ancho pero estaba perfectamente indicado y no cabían dudas. Enseguida se empezó a estrechar, los laterales eran de zarzas y se hizo presente el mal rato pasado en las laderas de Valdediós. Sin embargo allí estaba a dos pasos de la carretera, no me inmuté y apartando las zarzas seguí adelante. De pronto caí en la cuenta de que estaba en medio de una auténtica nube de insectos zumbadores; abejas o avispas. Mal asunto; no podía correr hacia atrás ni hacia delante, las zarzas estaban demasiado juntas, si los bichos aquellos empezaban a picarme me iba a ver en otra situación desagradable. Procurando no rozar las plantas de los lados caminé lo más rápidamente posible. El sendero continuaba muy estrecho, demasiado, pero seguí adelante temblando ante la posibilidad de molestar a aquellos atareados insectos. Tras una eternidad -que pudo ser de dos o tres minutos- salí a terreno abierto, había pasado un susto más que regular.

La carretera quedó a la izquierda y por senderos bonitos y en su mayoría sombreados fui llegando a destino sin más novedades. Atravesé algunos lugares habitados, algunas explotaciones ganaderas y de repente me encontré en Tineo, había llegado, debían de ser las siete de la tarde. El camino entra en Tineo junto a la piscina local que estaba animadísima, sin duda el pueblo sufre en verano una invasión de veraneantes y el ambiente era de lo más festivo. Pregunté por el refugio de peregrinos y me indicaron el camino, debía de estar casi a un kilómetro más adelante. Por fin, después de caminar un rato carretera abajo y entrar en el núcleo urbano llegué al refugio; el nuevo refugio recién inaugurado como tal. Era un antiguo consultorio de la Seguridad Social. A la puerta, como esperaba, encontré la famosa familia de nueve miembros tan mentada en los últimos días, y no sin razón.

Realmente aquello era algo notable. Un matrimonio menorquín bastante joven con pinta de hippies de los sesenta pero evidentemente muy posteriores, sus siete hijos e hijas perfectamente adaptados al ambiente y en buena armonía eran algo que no se veía a diario, y mucho menos en el camino. Sin embargo allí estaban, en la mesa de la entrada formaban un grupo de lo más animado en amigable charla con otros peregrinos. Dentro del refugio ya no quedaba ninguna cama libre. Ellos ocupaban buena parte desde luego, pero además había una o dos parejas y por lo visto dos chicas que habían cogido dos literas y se habían ido al pueblo a ver si encontraban algo mejor.

Bueno, para mí no había problemas, si no tenía cama me instalaría en el suelo, había espacio de sobra y al fondo una habitación vacía en la cual estaría muy bien. Como no había hospitaleros nadie podía tomar decisiones en cuanto a distribución de espacios por lo tanto opté por lo más evidente. Sin embargo el padre de los siete, entendiendo que ocupaba demasiado sitio y se podía arreglar con menos, juntó dos literas y en el espacio de cuatro acomodó a cinco de sus hijos. Con eso dejó una cama libre para mí. Traté por todos los medios de oponerme pero no hubo forma; no tuve más remedio que aceptar si no quería ofender a aquella familia excepcional.

Cuando salí de la ducha y de hacer la colada encontré a uno de los miembros de la asociación local de amigos del camino haciendo las veces de hospitalero. Era una persona encantadora y me explicó que el albergue antiguo estaba en el centro del pueblo pero como era muy pequeño e incómodo habían organizado aquel en un local cedido. Lo estaban acondi-

cionando, y de ahí la provisionalidad de las instalaciones, pero muy pronto sería un magnífico refugio en el que se podría acomodar un buen montón de peregrinos. Sin duda aquel hombre era un auténtico entusiasta y un peregrino veterano; una de esas personas voluntarias y dedicadas gracias a las cuales aún podemos seguir haciendo el camino. Me estuvo explicando que Tineo es un pueblo en expansión, con todos los servicios y que ha crecido ladera arriba como bien podía comprobar. Desde luego abundaban las edificaciones de nueva construcción pero se veía el casco histórico perfectamente conservado. Sin duda se vivía bien allí.

Dejando tendida la colada en el exterior del refugio salí en busca de un restaurante. Alrededor de la mesa situada en el exterior se agrupaba la familia peregrina que preparaba su cena con escrupuloso respeto a la tradición balear. Varias barras de pan abiertas por la mitad y rellenas de tomate y jamón, una solución práctica y sabrosa. El ambiente era de alegría, de personas que saben compartir y arreglarse con lo mínimo, no eran en absoluto veraneantes sino auténticos peregrinos haciendo su camino en el más puro estilo jacobeo. Me explicaron que habían hecho el camino por primera vez hacía dieciséis años, cuando la hija mayor era un bebé que cumplió su primer año en Santiago. Después habían esperado a que el pequeño, de cuatro años como sabía, fuera capaz de caminar y como lo hacía ya, y muy bien, se habían animado a dejar su furgoneta en Bilbao y sin ningún apoyo ponerse en camino. Hacían etapas que ellos llamaban cortas, las de la guía por lo general, y cuando les sorprendía la noche en descampado se agrupaban bajo los árboles y dormían al aire libre. Nunca había visto una reedición del camino clásico como la que ellos estaban haciendo.

A gusto habría seguido con aquellas personas felices pero quería cenar a la manera tradicional para reponer mis gastadas energías y para eso hacía falta un restaurante. Muy cerca encontré lo que necesitaba y por siete euros tuve derecho a una sopa de fideos y un enorme plato carne con patatas que terminé con cierta dificultad a pesar del hambre que tenía al comenzar.

Llamé a casa a Madrid y Paloma me anunció su llegada para un día antes de lo previsto. En nuestros planes iniciales habíamos acordado que se reuniría conmigo el sábado 31 en Grandas de Salime a donde yo llegaría por la tarde procedente de Pola de Allande. Cuando fue a buscar los billetes se encontró con que los sábados no había enlace entre Oviedo y Pola de Allande y por tanto decidió ir un día antes. Eso me obligaba a hacer algo que nunca habría hecho; saltarme los 35,4 kms. de la etapa prevista para el sábado. Todo fuera por la armonía conyugal; no tenía sentido que Paloma, a quien no sin dificultad había animado a venir conmigo, pasara un día y medio sola en Grandas de Salime esperándome.

Cuando volví al refugio seguía la animación, pero en el exterior y en un tono tan moderado que pude dormir enseguida. A eso de la una me despertaron unos ruidos. Las dos supuestas peregrinas que habían cogido camas “por si no encontraban nada mejor” se estaban acostando sin respetar demasiado el sueño de los demás. La clase de peregrinas que eran no es difícil de imaginar.

9ª Etapa- **Tineo-Pola de Allande (G de S). 25.7 km**

30 07 04 Viernes.

A las seis de la mañana y sin hacer ruido recogí todo y salí del refugio. Mientras se calentaba el agua del desayuno recuperé la colada, como siempre seca a medias, y en cuanto desayuné, sentado en el suelo y disfrutando del silencio, preparé la mochila y comencé la marcha. Lo primero era buscar el ayuntamiento donde según me habían dicho podría sellar la credencial, por lo visto los municipales, en servicio permanente, eran los encargados de tan importante menester.

Encontré sin dificultad el ayuntamiento, un enorme edificio en pleno centro como es natural, pero a esas horas estaba cerrado a cal y canto y de los municipales selladores no había ni rastro. Pregunté en un bar situado enfrente y que comenzaba su actividad y la respuesta fue la lógica en tales casos:

-¿Los municipales? Bueno, tendrían que estar ahí dentro, pero a estas horas estarán desayunando en algún bar.

Y seguro que estaban, después de una noche en vela lo más apetecible era un desayuno y no andar esperando a peregrinos intempestivos en busca de sellos. Las primeras horas de la mañana son demasiado preciosas como para desaprovecharlas esperando a municipales desayunantes, en consecuencia perdoné el sello de Tineo y siguiendo unas marcas muy claras y puestas donde se podían ver fui abandonando el pueblo. Muy pronto caminé por una senda estupenda que ascendía ligeramente y permitía contemplar la totalidad del núcleo de población. Efectivamente era un gran pueblo.

Una vez más disfruté de una senda ideal para caminar y un amanecer de esos del camino que nunca nos cansamos de evocar. El día amanecía despejado, sin duda íbamos a tener otro día veraniego, pero de momento se caminaba muy bien. Aquel bosque terminó en una zona abierta y en ella ya los rayos del sol comenzaban a calentar. No importaba, el paisaje era tan bonito y el silencio tan completo que nada podía molestar. Poco más adelante volví al bosque, un bosque encantado, con altos árboles y las señales justas y necesarias para caminar con tranquilidad, buena diferencia con el camino cántabro.

Del camino pasé a unos tramos de carretera y en una parada de autobús encontré refugio del sol y descansé un rato. El lugar no era muy acogedor, dada la presencia de abundantes muestras de nuestra civilización en que todo se envasa en plástico o lata, pero para mis necesidades de aquel momento servía de sobra. Enseguida retomé la marcha y a los pocos minutos entraba en Campiello, un pequeño lugar en donde llamaba la atención una tienda-bar, uno de esos establecimientos donde venden de todo y se puede tomar desde un café hasta una comida completa. Para mí, en aquel momento, el café era suficiente.

La dueña de aquel multicolor comercio era una persona encantadora, atendía a todo el mundo con mucha amabilidad pero conmigo fue verdaderamente maternal. Evidentemente apreciaba a los peregrinos, tenía sello y en un gran cuaderno escolar me pidió que le escribiera algo y pusiera la fecha. Escribí un largo párrafo de agradecimiento y al salir llevaba la sensación de haber encontrado otra de esas personas que dan al camino su verdadero significado.

De nuevo el itinerario transcurría por sendas entre prados y bosques, aquello era lo que quería aunque en algún momento volví a sentir cierta inquietud cuando la senda se estrechó, las zarzas estorbaron el paso y los insectos volvieron a zumbar de forma amenazadora. Estaba cogiendo ya manías pero después de los sustos recibidos en días anteriores no tenía nada de particular.

El día era caluroso, muy caluroso, pero la mayor parte del camino quedaba a la sombra y se caminaba disfrutando. En una zona despejada vi venir de frente por el estrecho sendero a unas cuarenta vacas guiadas por un pastor. No resultaban en absoluto inquietantes, las pobres eran la mansedumbre a cuatro patas, pero era evidente que o me apartaba o iba a pasar un mal rato recibiendo coletazos y tal vez algún empujón o pisotón. En un recodo pude echarme a un lado y la lenta y parsimoniosa procesión me rebasó sin molestar. A fin de cuentas quienes estaban en su terreno eran ellas, yo era tan solo un visitante no llamado.

En una de las subidas paré un instante a beber agua y a mi lado apareció Telesforo. Había dormido en Tineo, en el refugio antiguo, y comenzado la marcha más tarde de lo habitual. Como caminaba bastante más deprisa que yo al final me había alcanzado. Nos alegramos de encontrarnos y continuamos caminando juntos aunque en cada subida yo mantenía mi ritmo lento y él se paraba a esperarme en los altos. Así continuamos atravesando bosques y por fin, tras una larga bajada sin señales, salimos a la carretera que nos dejaría en Pola de Allande; para mí el final de la etapa.

El sol pegaba con mucha fuerza cuando alcanzamos las primeras, y algunas majestuosas, casas de Pola. Era hora de comer y como él iba a continuar solamente hasta Peñaseita, a menos de tres kilómetros, y yo iba a terminar allí para continuar hasta Grandas de Salime en autobús, decidimos buscar un restaurante y disfrutar de una comida normal.

Como es habitual en Asturias y en Galicia, los buenos restaurantes no faltaban y nos decidimos por uno recomendado por unos viandantes a quienes preguntamos. Estaba muy cerca y enseguida dimos con él; un enorme local que en el momento de nuestra entrada estaba prácticamente lleno de comensales. Aquello prometía. Nuestra entrada con atuendo de peregrinos, signos inequívocos de fatiga y las grandes mochilas, no pasó desapercibida para nadie. El dueño, o al menos quien dirigía todo aquello, nos recibió con mucha amabilidad y hasta nos ofreció la posibilidad de ducharnos si nos apetecía. A gusto habría aceptado tan generoso ofrecimiento, pero Telesforo tenía prisa y no quisimos esperar, nos acomodamos en una mesa en el centro de la sala y encargamos el menú degustación que nos fue ofrecido.

-Cuesta dieciocho euros pero a los peregrinos se lo damos por doce.

-Pues no se hable más.

Y efectivamente, se podían pagar dieciocho y hasta veintiocho euros por aquella comida tan bien hecha, tan sabrosa y tan abundante. Lo que ya no tenía precio era la amabilidad de aquel hombre que se movía como una ardilla entre las mesas pero prestándonos a nosotros más atención que a nadie. Otra de esas personas que hacen que el camino sea lo que es.

Después de comer salimos al sol y Telesforo continuó su camino en busca del refugio de Peñaseita, yo entré en un bar frente al que estaba la parada oficial del autobús de Alsa en que venía Paloma y me llevaría a Grandas de Salime. Entretuve la espera tomando un café y escribiendo notas en el cuaderno. No me gustaba lo que iba a hacer y bien sabe Dios que de no haber sido por el inconveniente de la falta de enlace para Paloma el sábado, nunca lo haría. En fin, la cosa había venido así y no valía la pena lamentarse.

A la hora prevista apareció el autobús y naturalmente nada más parar se vació de su pasaje que buscó refugio en el bar. Paloma y yo nos encontramos, no nos veíamos desde hacía nueve días y estábamos encantados de reencontrarnos. Como no podía ser menos me encontré muy quemado por el sol, más delgado que nunca y con cara de hambre.

-Estás a punto de roncar en el portalón.

-Llevo varios días haciéndolo.

Era una de nuestras bromas. Todo venía del famoso romance del "castillo viejo que edificó Chindasvinto, a veinte leguas de Pinto y treinta de Marmolejo". En uno de los pasajes se dice aquello de:

En un gótico salón

Dormitaba Sisebuto

Y un lebrel seco y enjuto

Roncaba en el portalón.

Por lo visto yo estaba como el lebrel: "seco y enjuto".

Subimos al autobús, nos acomodamos en las primeras plazas y fuimos comentando las incidencias de mi peregrinación mientras recorríamos un terreno accidentadísimo. Aquello era una auténtica etapa de montaña y lamenté aún más tener que perdérmela. Afortunadamente la presencia de Paloma, quien a partir de entonces iba a compartir conmigo el camino, compensaba de sobra el disgusto.

En el autobús viajaban también dos peregrinas que iniciaban su camino, llevaban el mismo bordón que Paloma, el que nos habían dado a los participantes en la prueba de cien kilómetros en veinticuatro horas. Su equipo estaba impecable y evidentemente no tenían aspecto de muy aguerridas. Cuando bajamos del autobús en Grandas de Salime las perdimos de vista y nunca las volvimos a encontrar.

Paloma había reservado habitación en una pensión. Esa era una de las concesiones necesarias para llegar a un acuerdo sobre nuestra peregrinación: si había posibilidad dormiríamos en hoteles o pensiones. No es esa mi forma de peregrinar pero por unos días podía aceptarlo sin miedo a que se terminara convirtiéndose en una costumbre -una mala costumbre en mi caso.

La habitación resultó cómoda y limpia, con baño y todo y además estaba situada encima del restaurante, todo a mano. El único inconveniente se derivaba de un hecho fuera de todo control: Grandas de Salime estaba en fiestas, no se podía esperar silencio ni tranquilidad. Debía de ser la fiesta patronal y estaba todo animadísimo, había incluso un mariachi mejicano que se puso a tocar en medio de la calle. Lo hacían francamente bien y estuvimos un rato disfrutando del inesperado regalo.

En una tienda compramos algunas provisiones y tras visitar la iglesia y hacer las fotos correspondientes nos fuimos a cenar, podíamos aprovechar la temporal calma, aún el restaurante no había sido invadido. No tenía mucha hambre después de la comida en Pola pero no podía negarme a cenar. Paloma fue implacable.

-Con lo delgado que te estás quedando no vas a andar con tonterías.

Y cené, claro está. Después nos fuimos a dormir, la música hacía presagiar una noche no muy tranquila pero no fue el caso, al menos para mí. Estaba ya demasiado habituado al camino, una musiquilla lejana en modo alguno podría resultarme una molestia.

10ª Etapa

Grandas de Salime-Fonsagrada. 25.2 km

31 07 04 Sábado.

La presencia de Paloma no alteró la buena costumbre de amanecer a las seis de la mañana. En la misma habitación preparamos nuestro desayuno y a las seis y media estábamos en la calle buscando las marcas de camino previsiblemente localizadas la tarde anterior. Un primer tramo por carretera nos alejó del pueblo y muy pronto caminábamos por un sendero entre árboles; seguíamos en el verdadero camino.

El día amanecía caluroso y Paloma tenía tendencia a caminar más rápido de lo deseable. A base de mucha paciencia conseguí hacerla reducir el ritmo, sabía que si no economizaba fuerzas en esta primera parte de la etapa las cosas se iban a poner muy difíciles.

Caminamos de nuevo por carretera y vimos llegar varios peregrinos a nuestra altura. En el refugio de Grandas de Salime habíamos visto bastante gente y no nos sorprendió ver aumentar la animación en la carretera. Los primeros con quienes hablamos eran un chico y tres chicas aragoneses, eran muy jóvenes, caminaban muy bien y llevaban un equipo completo, desde luego eran peregrinos auténticos. Como iban más rápidos pronto se alejaron, nos quedamos tranquilamente atrás.

La subida y el calor empezaron a hacer su efecto y paramos en un pueblo pequeño que tenía un magnífico pilón con un chorro de agua fresca deliciosa. Era un buen lugar para descansar y aligerar un poco las reservas de fruta que transportaba. Siguiendo la costumbre adquirida con ocasión de su primera peregrinación, Paloma se descalzó, se quitó los esparadrapos con que protegía varios puntos de sus pies y metió éstos en el agua. Estaba dispuesta a evitar las ampollas a cualquier precio.

La parada no se prolongó demasiado y volvimos a la carretera en busca del Alto del Acebo, la salida de Asturias y entrada en Galicia. Unos molinos generadores eólicos ocupaban la línea de cresta y por una especie de pista forestal los fuimos bordeando. Cuando quedaban detrás de nosotros volvimos a la carretera, al menos no seguía la subida.

Pronto apareció la divisoria de comunidades autónomas y nos hicimos las fotos correspondientes, Paloma en Galicia, yo en Asturias, de nuevo dejaba atrás una comunidad y entraba en la entrañable Galicia. La guía marcaba un tramo de ochocientos metros entre el Alto del Acebo y El Acebo, pero pasaron tres mojones kilométricos y no llegábamos. Algo no encajaba. No llegué a saber qué pasaba, o las distancias estaban mal tomadas o el camino que íbamos siguiendo no era el de la guía. De cualquier forma por la carretera se llegaba al Acebo y allí aparecimos.

En un establecimiento a la orilla de la carretera paramos para el café de media mañana. Era un bar-tienda típico atendido por una mujer mayor y que tenía en la entrada un gran banco de piedra bajo una agradable sombra. Allí coincidimos con otro grupo de cuatro peregrinos, estos madrileños, uno de los cuales repetía peregrinación este mismo año. Había llegado a Santiago desde Cebreiro hacía unos días y ahora recorría el Camino del Norte, evidentemente no le faltaba afición.

Sentados en el banco tomamos nuestro café con leche, una leche sin duda recién ordeñada, descansamos un rato y ventilamos los pies ya bastante afectados por la marcha por asfalto. El día seguía caluroso y no tenía pinta de mejorar, el paisaje no era el ideal pero sabía que pronto cambiaría, o al menos lo esperaba.

El camino siguió ascendiendo, esta vez a pleno sol, antes de volver a sacarnos a la carretera. En Fonfría tratamos de encontrar la anunciada fuente y cuando pregunté a un lugareño me dijo que la habíamos dejado atrás pero nos ofreció la posibilidad de tomar agua de su casa, que venía del mismo sitio. De nuevo encontramos personas estupendas, de esas para las que un peregrino no es un individuo sospechoso ni alguien a quien explotar comercialmente. Más adelante se volvió a presentar el mismo problema del agua y una vecina nos lo resolvió con toda amabilidad, decididamente estábamos en tierra hospitalaria.

El camino salió de la carretera y nos llevó a través de un bosque de pinos con el suelo tapizado de altas matas de helecho. Era precioso y se caminaba muy bien disfrutando el paseo aunque ya se notaban los kilómetros. Cuando volvimos a la carretera creíamos que estábamos llegando a destino pero allí no se veía nada. Además las señales no estaban nada claras y previendo un posible despiste dije a Paloma que me esperase a la orilla de la carretera y me adelanté a buscar la continuación.

Subí una pequeña cuesta, avancé por un sendero y al poco rato tenía a la vista Fonsagrada, nuestra meta del día. No era una vista gratificante. Fonsagrada aparecía en lo alto de un elevado montículo separado de donde me encontraba por un profundo valle. Es decir, había que descender y volver a recuperar, y aún superar, la altura a que estábamos. Para un final de etapa, a las cuatro de la tarde y bajo un sol de finales de Julio español, era algo fuerte.

Como no había otra opción nos pusimos en marcha e iniciamos el descenso. El camino iba por una estrecha corredera sombreada muy agradable y terminó en una explotación agrícola donde encontramos cuatro o cinco caballos atados a los árboles del camino. No muy tranquilos pasamos por detrás y salimos a la carretera. Allí se volvía a plantear la duda: seguir por carretera o por un camino lateral más a la derecha que era el señalado por las flechas. Optamos por el camino.

La subida fue dura, muy dura, el sol estaba justo encima y apenas encontrábamos manchas de sombra. Afortunadamente el terreno era arenoso y los pies no sufrían más de la cuenta. Pero aquello se prolongaba y nos vimos obligados a tomar un respiro un rato a la sombra. Reanudamos la marcha y llegamos a las primeras edificaciones, seguíamos subiendo. Entramos en las calles y continuamos adelante. Aquel pueblo no sólo estaba en alto, además era largísimo, al menos para unos peregrinos ya bastante cansados. Desde Grandas de Salime habíamos reservado habitación allí y preguntamos por la pensión. Como es lógico estaba en la otra punta del pueblo.

Por fin una vecina nos indicó nuestro alojamiento y pudimos soltar las mochilas y acomodarnos en una estupenda habitación. Estábamos fatigados y sudorosos, la etapa no había sido demasiado larga pero tanta subida y tanto asfalto, y ese final cuesta arriba a pleno sol, nos había dejado bastante mal. Me preocupaba Paloma, era su primera etapa y aunque no llevaba tanto peso como yo su mochila no bajaba de ocho kilos. Para una persona no demasiado acostumbrada a las actividades de aire libre era casi el límite de lo soportable. Pero no se quejaba y tras la ducha había recuperado su ánimo. En la misma pensión entraron cuatro peregrinos más a los que veíamos por primera vez. Eran tres chicas y un chico muy joven, ellas españolas y él francés que no hablaba español. Por lo que nos dijeron él caminaba solo y se les había unido, ellas hablaban francés, le habían "adoptado" y ahora iban los cuatro juntos. Dos eran hermanas y todos tenían el inequívoco aspecto de los peregrinos de verdad.

Descansamos un rato y después salimos a dar una vuelta. En una tienda de comestibles compramos unas pastas, ciruelas y sobres de café para el desayuno y después dimos un paseo viendo el pueblo y los paisajes de los alrededores. Allá a lo lejos estaban los molinos de viento, los "ventiladores" como los llamaba Paloma, a una distancia que parecía imposible que hubiéramos recorrido. Nos hicimos una foto con ellos al fondo.

En un cybercafé consulté mis mensajes y envié uno a la lista de amigos. Ante todo quería prevenir a los posibles peregrinos del Camino del Norte de que si querían emprender la peregrinación por esa ruta mejor lo hicieran a partir de Oviedo. La parte anterior, al menos desde Santander, la que yo había recorrido, no era aconsejable de momento. Mi aventura entre los tojos y las zarzas se podía repetir y mejor si no se repetía.

Encontramos un estupendo restaurante para cenar, el Navia. Era el típico restaurante familiar donde por seis euros y medio nos dieron un menú increíble. Era nuestra primera comida del día y aunque estábamos hambrientos no conseguimos terminar todo. Confortados y de buen humor volvimos al alojamiento, ya todo lo que nos faltaba era una noche de sueño reparador.

11ª Etapa

Fonsagrada- O Cádavo Balera. 22.7 km

01 08 04 Domingo.

Decididamente el tiempo no estaba a nuestro favor. El cielo que podía ver por la ventana de la habitación era claro y estrellado; de nuevo el sol iba a brillar con fuerza y el calor resultaría el principal obstáculo del día. Pero eso no iba a alterar en absoluto nuestros planes y tras el desayuno en la habitación recogimos el equipo y por unas calles solitarias y oscuras abandonamos cuesta abajo el pueblo donde tan bien habíamos sido acogidos y tratados.

Al poco tiempo pasamos delante del refugio; estaba en Padrón, algo alejado de Fonsagrada, pero por lo que nos dijeron después los peregrinos aragoneses era un auténtico hotel de cinco estrellas. En otras circunstancias lo habría disfrutado.

El camino iba por senderos a través del bosque, unos senderos preciosos, cruzaba la carretera por un área de descanso y continuaba en terreno despejado cuesta arriba cuando ya el sol daba con fuerza. De todas formas las cosas se estaban poniendo bien porque enseguida volvió al bosque o a zonas de monte bajo y el verde no se terminaba. La etapa prometía y cuando vimos en alto los molinos de viento creímos que tras esa subida todo sería más fácil.

Dejamos a la izquierda el grupo de "ventiladores", a la derecha las ruinas del hospital de Montouto y seguimos por el sendero. La guía hablaba de dirigirse hacia un poste metálico de tendido eléctrico y cuando llegamos a la línea de postes encontramos un papel en el que se repetía el consejo. Abajo, en la parte despejada de maleza con ocasión del reciente tendido de la línea eléctrica, vimos a los peregrinos aragoneses, no había duda de que el camino seguía por allí.

Abandonando el confortable sendero empezamos a descender. No había ninguna indicación de camino y el descenso se prolongaba metros y más metros. Empecé a no estar tranquilo; no veía la carretera al lado de la cual iba el camino, no veía núcleos de población importantes y sobre todo aquella bajada parecía excesiva. Pero en fin, ya estábamos casi abajo por lo tanto lo mejor que se podía hacer era continuar. El tendido eléctrico cruzaba una carretera y a la derecha se veía una aldea. Aquello no era el camino, desde luego, pero no quedaba más salida que ir hacia allá y preguntar.

Algo larga se hizo la distancia hasta la aldea, para colmo descendiendo, y cuando por fin pudimos preguntar nos confirmaron lo que ya me temía. Estábamos fuera del camino.

-Aquí aparecen muchos peregrinos perdidos.

-Es que no hay señales.

-Tienen que volver atrás por la carretera y a unos dos kilómetros encontrarán Paradavella, eso ya está en el camino.

Efectivamente, tendríamos que haber seguido el camino por donde íbamos y habríamos llegado ya a Paradavella. Por causa de las malas indicaciones teníamos por delante al menos dos kilómetros de subida por asfalto, con calor y casi sin sombra. A la izquierda apareció una especie de estanque y un chorro de agua helada. No debía de ser potable pero a Paloma le venía muy bien para darse uno de sus habituales baños de pies y se puso a ello. No era mal sitio para un descanso, sobre todo a la vista de lo que aún teníamos por delante.

Dejamos las mochilas en el suelo, nos descalzamos y metimos los pies en el agua helada. Aquello era delicioso, el mejor remedio contra las ampollas. Paloma estaba muy preocupada con eso y continuamente prestaba atención a sus calcetines, los esparadrapos amor-

tiguadores que se ponía en varios puntos y la presión de los lazos de sus zapatillas. Yo era mucho menos cuidadoso, las ampollas ya habían salido y reventado varias veces y ahora la piel muerta era la mejor protección. De todas formas disfruté de aquel baño y ya puestos aprovechamos el momento de descanso para comer un poco. Un buen rato de descanso y recuperación en aquel lugar fresco y umbroso nos ayudaría en la dura etapa que aún teníamos por delante.

Carretera arriba fuimos acercándonos al lugar donde el sendero nos habría dejado si hubiéramos seguido por él. Era un largo y fatigoso trayecto que añadir a la etapa normal, íbamos a llegar a destino por lo menos dos horas más tarde entre unas cosas y otras.

Alcanzamos por fin la carretera y enseguida la aldea de Paradavella, allí encontramos un bar estupendo, en aquellas horas nos ofrecía un buen refugio del sol que abrasaba la carretera. En aquel bar encontramos al grupo de las tres chicas españolas y el chico francés que habían estado alojados en nuestra misma pensión en Fonsagrada. Nos sentamos y pedimos el café correspondiente al momento. Paloma se animó a degustar un queso que nos ofrecieron y al final el segundo desayuno se transformó en un copioso tentempié. Hablamos con nuestros compañeros y supimos que las chicas se llamaban Isabel, Miriam y Marta, hermanas estas dos. El chico, muy joven y con una llamativa mata de pelo rubio, se llamaba Alexis. Se les veía muy bien adaptados al camino y deseosos de comunicar con todo el mundo. A partir de entonces coincidiríamos una y otra vez y terminaríamos juntos en Santiago.

Desde Paradavella la carretera nos podía llevar al destino del día, Cádavo Balera, pero el camino estaba indicado por sendas que la evitaban. En el bar nos aconsejaron seguir la senda al principio pero que luego caminásemos por la carretera porque el camino hacía una bajada y una subida demasiado fuertes y no merecía la pena el esfuerzo. A la vista de la temperatura ambiente nos pareció un consejo bastante acertado y nos propusimos seguirlo.

Reanudamos la marcha por una senda entre helechos a la derecha de la carretera, pronto se inició una subida bastante fuerte y redujimos la velocidad. Se anunciaba un duro esfuerzo pero eso no parecía afectar a un grupo de peregrinos que marchaba delante de nosotros a muy buen paso. Al poco rato, en el primer grupo de árboles, los encontramos sentados descansando. Entonces pudimos ver que eran peregrinos de otro nivel, caminaban sin mochilas, con atuendos muy limpios y no parecían querer comunicar con nadie. Pasamos entre ellos y continuamos nuestro camino.

La senda nos dejó en la carretera y siguiendo el consejo que nos habían dado continuamos por ella aunque vimos la desviación para abandonarla por la izquierda. Una simple inspección del terreno permitía comprobar que la bajada y la subida eran impresionantes, mejor era aguantar un poco de asfalto. Enseguida fuimos rebasados de nuevo por el grupo de excursionistas encontrados descansando a la sombra. No dijeron ni una palabra y nos dio la impresión de que nos despreciaban. A la vuelta de una curva vimos la causa de su desprecio. Allí les esperaba una furgoneta de apoyo en la cual, sin duda agotados por sus esfuerzos, se refugiaron.

El calor era molestísimo, no había sombra y apenas en algunos momentos soplaba una ligerísima brisa. No eran las mejores condiciones para caminar por una carretera por la cual además circulaban bastantes vehículos. De todas formas, haciendo algún alto en la pequeña sombra de los aislados arbolitos, fuimos avanzando cuesta arriba hasta alcanzar Couto. Allí encontramos otro pequeño bar en donde pude tomar dos latas de Coca Cola tan frías que tenían trocitos de hielo en el interior. Aquello era elixir de dioses tras la fatigante subida y la temperatura alcanzada por la escasa agua de la cantimplora. Frente al bar, al otro lado de la carretera, había un pequeño árbol y nos quedamos descansando a la sombra. Poco después aparecieron Miriam y Alexis, llegaban hechos polvo, habían seguido el camino y efectivamente la

subida de la última pendiente había sido durísima, se habían quedado sin agua y sus dos compañeras aún tardarían un rato en aparecer. Nuestro recorrido por la carretera había sido agotador pero desde luego preferible a la alternativa.

Dejando a nuestros amigos descansando a la sombra continuamos la marcha. El camino seguía por un sendero de tierra que a ratos atravesaba zonas de arbolado, no estaba mal del todo y pese a la continua subida caminamos bien. Apareció un cruce y una carretera que seguimos y nos dejó en Lastra, un pequeño pueblo con otro bar y una iglesia preciosa delante de la cual, a la sombra de unos cipreses centenarios, se había habilitado una zona de descanso de peregrinos. Paloma no tenía mucho interés en descansar pero la guía indicaba aún seis kilómetros y medio para el final, el calor no bajaba y parecía más prudente perder media hora aireando los pies, comiendo unas manzanas y disfrutando del lugar. Después de todo era un área de descanso de peregrinos y no íbamos a despreciarla.

El final de la etapa fue bastante más duro de lo que habríamos esperado. Largas bajadas y algunas subidas por un sendero de tierra nos fueron acercando a Cádavo Balera. No veíamos el pueblo y detrás de cada repecho esperábamos, en vano, llegar al final de nuestras fatigas. A un lado del camino apareció un cartel indicador, faltaba un kilómetro al refugio, ¡y nosotros que esperábamos haber llegado hacía ya rato.!

Por fin apareció el pueblo a lo largo de una carretera perpendicular al sentido de nuestra marcha y tuvimos a la vista la meta, menos mal, ya se estaba prolongando la cosa más de la cuenta. A la entrada, en una de las primeras casas, había dos familias tomando el fresco a la sombra de unos árboles en un jardín, les saludamos y una mujer se levantó y vino a nuestro encuentro. Se nos dirigió en francés, con un magnífico acento español, y la contestamos en el mismo idioma. Le explicamos que éramos españoles a lo que respondió que ella también pero nos siguió hablando en francés. Por lo visto le encantaba hablar con peregrinos, sobre todo franceses, y como nos había tomado por tales se nos había dirigido en esa lengua. Lo que ya no estaba tan claro es que siguiera insistiendo en usar la lengua de Molière después de haber explicado que éramos de León y Madrid respectivamente. Nos dio la sensación de que quería lucir, ante el grupo con que estaba, su dominio idiomático y como vio que podíamos seguirle la conversación no descendió a hablar español ni cuando lo hicimos nosotros. Curiosidades del camino y sus gentes.

El refugio de Cádavo estaba a la entrada, en uno de los primeros edificios, y vimos allí a unos cuantos peregrinos. De nuevo Paloma había conseguido habitación en un hotel y no necesitábamos plaza pero entramos para que nos sellaran las credenciales. No tuvimos éxito; una peregrina nos dijo que no había hospitalero y por supuesto no sabían dónde podía estar el sello. Dejamos el trámite para más adelante y nos fuimos a buscar nuestro hotel, el pomposamente llamado Hotel Moneda.

Enseguida encontramos nuestro alojamiento que era a su vez el principal restaurante del pueblo. Era un establecimiento nuevo, si no lo estrenábamos debía de faltar poco, y tanto la habitación como el baño eran estupendos. Incluso tenía un balcón en el cual, un poco incívicos, pusimos una cuerda y tendimos la colada.

Las zapatillas de Paloma empezaban a ser causa de preocupación. Las había estrenado para su primer camino y le habían ido muy bien. Ahora estaba caminando muy cómodamente con ellas pero se les estaba despegando la suela. Las examiné con detenimiento y me sorprendió que hubieran aguantado hasta allí, toda la suela estaba casi completamente separada del resto. Después de una experiencia análoga con mis zapatillas en la peregrinación del año 2002 había añadido al equipo un tubo de pegamento instantáneo y con él procedí a una reparación de emergencia. Después de poner abundante pegamento sujeté las partes a encolar con unas gomas. A la mañana siguiente todo estaría en condiciones y en Lugo terminaría de com-

pletar la reparación encolando algunos puntos para los que me había faltado pegamento. Cuando días después llegamos a Santiago las zapatillas estaban perfectamente, menos mal, no era momento para domar unas zapatillas nuevas. Una vez más un tubo de pegamento y unas gomas de neumático de bicicleta demostraron ser verdaderamente útiles.

Debidamente aseados salimos a dar una vuelta por el pueblo y a buscar un sitio donde cenar. En el hotel nos habían dicho que su restaurante no empezaría a funcionar hasta las nueve y media y eso resultaba demasiado tarde para las costumbres de los peregrinos. Cádavo no es una gran población y el número de restaurantes resulta bastante reducido. Después de dar varias vueltas terminamos encontrando un pequeño restaurante familiar en el que, una vez más, fuimos atendidos con una amabilidad extraordinaria. Nos sirvieron una cena típica del camino a un precio razonable y a la hora que queríamos. A nuestro lado cenaron los peregrinos madrileños; si aquel restaurante se hubiera anunciado un poco habría estado lleno y aconsejamos al dueño que colocara un cartel anunciador en el refugio, por lo visto no se le había ocurrido.

Como era de esperar tuvimos una noche de sueño reparador estupenda, nos hacía falta.

12ª Etapa

O Cádavo Balera-Lugo. 28.3 km

02 08 04 Lunes

La tarde anterior habíamos echado un vistazo a la continuación del camino y no tuvimos ninguna dificultad para encontrar la salida de Cádavo tras un desayuno de los habituales, en la habitación. Sin embargo al poco rato de caminar empezaron las dudas, como tan a menudo en este camino, no había señales. Era difícil que nos hubiéramos equivocado, y la presencia de los cuatro peregrinos aragoneses que nos adelantaron enseguida, lo demostraba. Sin embargo pasamos un buen rato inquietos buscando indicaciones hasta que por fin las flechas nos confirmaron que estábamos donde debíamos.

Abandonamos enseguida la carretera para entrar por caminos entre los bosques, aquello era muy agradable, el amanecer entre los helechos y los pinos resultaba mágico. El sol no molestaba en absoluto, una niebla muy oportuna lo ocultaba y casi podíamos sentir algo de frío, un auténtico regalo a la vista del agobiante calor pasado en días anteriores. En un lateral del camino paramos para un primer descanso, si el día seguía tan fresco sería una etapa de las que crean afición.

Seguimos adelante y de pronto el camino nos dejó en un lugar sorprendente. Villabade. Un pazo con una iglesia monumental de unas proporciones increíbles. La obra de cantería era maravillosa y pasamos largo rato contemplándolo. Allí fuimos alcanzados por Miriam, Marta e Isabel con su inseparable Alexis y a continuación por una auténtica muchedumbre de peregrinos que llevaban un equipo muy ligero. Nada de grandes mochilas, tan solo lo justo para una comida de etapa y un chubasquero.

Cuando continuamos la marcha nos fuimos sobrepasando unos a otros continuamente. Al principio habíamos tomado al gran grupo por tranquilos excursionistas, sin más, pero de pronto empezamos a oír cánticos religiosos. Eran una asociación católica que hacía su peregrinación a su estilo, cantando y rezando. Nos sobrepasaban rezando el rosario en grupos de dos o tres, muy a lo suyo y sin pretender llamar la atención de nadie. Cuando les adelantábamos en sus altos de descanso saludaban muy educadamente y nos deseaban buen camino. Resultaba sorprendente, nunca había visto algo así. Más adelante, ya por la tarde encontramos el autobús que los recogía, eran gente organizada y por lo visto tenían previstos sus alojamientos, lógicamente al margen de los refugios. Nada que objetar.

En este tramo empezamos a encontrarnos con más peregrinos de los que se podían llamar "clásicos". Un matrimonio muy en forma, Ana y Vicente, de Oviedo, con los que volveríamos a coincidir una y otra vez, y otro matrimonio levantino que caminaba con sus dos hijas gemelas adolescentes. Con estos últimos pudimos hablar largo rato durante la etapa, coincidimos en Lugo en el restaurante y ya les perderíamos pues caminaban mucho más despacio.

En Castroverde hicimos el alto del segundo desayuno, no faltaban sitios donde elegir. Además aprovechamos para conseguir pilas para la cámara digital; una de las ventajas del modelo que usábamos era funcionar con pilas AA y las podíamos comprar en cualquier sitio. Al reanudar la marcha pasamos por el centro del pueblo y allí encontramos una fuente muy bonita, una pileta redonda con una escultura de un grupo de niños bajo un paraguas en el centro. Naturalmente tomamos la foto correspondiente.

Una hora más tarde hicimos una parada en un crucero precioso, un crucero donado por un cura que había hecho figurar su nombre en el pie. Una especie de auto homenaje que no se hasta qué punto venía a cuento. Eso sí, el crucero era precioso y un sitio ideal para un rato de descanso, sobre todo cuando al cabo de unos momentos aparecieron nuestras amigas con su inseparable Alexis. Sentados en las gradas hicimos unas cuantas fotos. Hoy son unos excelen-

tes recuerdos de esos momentos que sólo se pueden vivir cuando se hace una peregrinación auténtica.

Continuamos disfrutando del camino, éste transcurría por caminos vecinales y algunos senderos y siempre rodeado de vegetación y grandes árboles, unos sitios en los que nos sentíamos peregrinos de verdad y no estorbos en un arcén de carretera.

En un lateral hicimos un alto para comer, una vez más habíamos reservado habitación y como la etapa no era larga y el tiempo seguía fresco no había ninguna prisa por llegar. Sentados en un prado dimos cuenta del queso y el chorizo que yo llevaba desde Grado donde lo compré como cena para la noche que había pasado en San Juan de Villapañada. La comida no suele ser un problema en el camino; teniendo frutos secos y cosas de esas se olvida fácilmente comer algo más sustancioso durante la etapa si al final se puede cenar decentemente.

A partir de Santa María de Gondar se empezaron a complicar las cosas. La niebla se disipó y el sol se puso a pegar con toda su fuerza como si quisiera recuperar el tiempo perdido. El camino se hizo incómodo. Afortunadamente el asfalto no era excesivamente abundante pero los tramos de sombra no eran continuos, ni mucho menos. Paramos a descansar a la orilla de un arroyo, Paloma notaba los pies más calientes de la cuenta y quería tomar uno de sus baños. Aquello nos haría entrar en Lugo con más calor pero había que evitar ampollas por calentón excesivo. Media hora de descanso nos dejó ya en condiciones de hacer el último esfuerzo.

La entrada en Lugo, como la de la mayoría de las grandes ciudades, no tenía nada de bucólico. La única posibilidad fue atravesar una especie de suburbio, en el que encontramos en el suelo hasta una oveja muerta emanando el aroma correspondiente, dejamos al lado instalaciones ganaderas abandonadas, atravesamos zonas de escombros y por fin entramos en las primeras urbanizaciones. Después una buena bajada y una subida tremenda y estábamos en las calles de Lugo.

Habíamos llegado con Miriam y Alexis, Isabel y Marta se habían adelantado y nos re-unimos con ellas en un bar a la entrada donde nos sentamos a tomar unos zumos y unas cervezas. El calor al final había sido de lo más molesto y Paloma se había ido echando por encima buena parte del agua que nos quedaba, por lo visto no tenía sed pero necesitaba remojarse. Llegó como una sopa pero llegó que era de lo que se trataba.

Al cabo de un rato nos separamos y nos fuimos a nuestro hotel, no quedaba lejos y lo encontramos sin dificultad. Un hotel moderno cerca de la estación donde nos dieron una habitación estupenda. De nuevo podríamos descansar bien.

Las zapatillas de Paloma necesitaban algún retoque por lo cual en una tienda cercana compré un tubo de pegamento instantáneo y procedí a una nueva reparación que resultó definitiva. Con un poco de habilidad las reparaciones de calzado sobre la marcha no son algo imposible. Y merece la pena porque verse obligado a domar el calzado a mitad de camino tiene que resultar bastante desagradable.

Salimos del hotel, subimos a la ronda de la muralla y fuimos a sellar al refugio, allí nos dijeron dónde cenar y nos informaron de que el anunciado refugio privado en San Román de Retorta no existía. Aquello suponía un contratiempo pero enlazamos con un establecimiento que nos fue recomendado y de nuevo nos aseguramos el alojamiento para el día siguiente. Desde luego el Camino del Norte no está lo que se dice bien apoyado pero se puede salir de apuros.

Lugo es una ciudad pequeñita, con murallas un tanto extrañas hechas en su mayor parte con lascas y no con piedra de sillería como es tradicional. El centro es muy bonito, con calles peatonales, una hermosa plaza y un ayuntamiento en el cual los maestros canteros gallegos

han dejado buena prueba de sus habilidades. La catedral es impresionante. Románica en su origen ha sufrido infinidad de añadidos posteriores y se notan muchas fases en su construcción. El resultado que se puede admirar hoy es un tanto sorprendente, como pasa en Santiago, pero también merece una visita detallada. A ello nos dedicamos antes de ir a cenar al restaurante recomendado en el refugio. Un restaurante pequeño y familiar, fuera de las murallas, pero que como tantos otros del camino no defraudó. Bien cenados y con las compras del día siguiente hechas volvimos al hotel, necesitábamos dormir.

13ª Etapa

Lugo-San Román de Retorta. 19 km

03 08 04 Martes

Una vez más salimos del hotel a las seis y media de la mañana después de haber desayunado. El hotel estaba en la parte baja de Lugo y lo primero que tuvimos que hacer fue subir hasta el nivel de las murallas, entrar por la puerta del camino, atravesar la dormida ciudad y descender por el lado contrario. Seguíamos con las subidas y bajadas tan características del Camino del Norte.

En el extremo opuesto de la población descendimos hasta el puente que cruza el Miño, aquel Miño que nacía en Fuente Miña, provincia de Lugo, pasaba por Lugo, Orense y Tuy como se enseñaba en mis tiempos escolares cuando se aprendían de memoria los ríos, cabos, golfos, cordilleras y cuantos accidentes geográficos se le ocurrían al profesor. No pude menos de tener un recuerdo para mis profesores de primeras letras que tanto me hicieron memorizar y a quienes estoy profundamente agradecido.

Al otro lado del puente pasamos junto al Club Fluvial, que disponía de amplias instalaciones, y emprendimos la subida como no podía ser menos. Una empinada cuesta nos llevó a una zona de chalets y ya por la misma carretera continuamos el camino, no hacía calor y a pesar del asfalto se caminaba muy bien. Entre los tradicionales y estridentes ladridos de perro tan familiares a esas alturas.

A nuestro nivel llegaron los cuatro peregrinos aragoneses a quienes se había unido un matrimonio mayor. La mujer, que llevaba unos sonoros cascabeles colgando de la mochila - molestos por demás- iba con una de las chicas y el marido con los otros tres a los que no paraba de contar sabe Dios qué. Los pobres caminaban resignados mientras su locuaz compañero continuaba con su soliloquio inagotable. Nos adelantaron y les vimos alejarse con la satisfacción de perder el sonido de los dichosos cascabeles. A la llegada a Burgo do San Vicente les vimos parados en una fuente pero nosotros seguimos adelante. No es que no quisiéramos nada con ellos, la causa de nuestra prisa era que la guía indicaba la proximidad de un bar y queríamos tomar nuestro ya apetecible segundo desayuno.

Burgo do San Vicente es un pueblo muy pequeño pero en él encontramos el anunciado restaurante a unos doscientos metros de la carretera. Acababa de abrir y estaba claro que era atendido por toda una familia.

-Buenos días.

-Buenos días.

-¿Nos podrían dar algo de desayunar?

-Claro que sí, ¿qué les apetece?

-¿Nos pueden hacer bocadillos?

-Desde luego, a ver ¿de qué les apetece?

-De tortilla francesa -me apresuré a decir.

-De tortilla, claro que sí, y además con huevos que vamos a recoger ahora mismo del gallinero.

-Muy bien, muchas gracias, pues dos bocadillos de tortilla y dos cafés con leche.

En el exterior había una mesa tosca de madera y varios asientos, dos de los cuales eran troncos tallados. Nos sentamos a esperar. El día estaba nublado y allí se estaba muy bien, sin zapatillas, sin calor y descansando de los once kilómetros ya recorridos. Enseguida nos trajeron nuestros desayunos: unos grandes tazones de café con leche y unos bocadillos de tortilla francesa recién hecha con pan tostado untado con ajo y aceite. Aquello era gloria bendita.

Estábamos terminando nuestro ágape cuando aparecieron nuestras amigas con su francés inseparable. Como es natural se acomodaron para tomar también su tentempié de media mañana. Nosotros ya habíamos terminado y después de hacernos unas fotos de grupo nos pusimos en marcha.

El camino seguía por la carretera pero de pronto apareció una flecha indicando desviación por la derecha. No lo pensamos y salimos al sendero indicado. Era una típica corre道ira bastante poco utilizada pero por donde se caminaba muy bien. Nos llevó hasta una aldea en la que vimos una vaca en un prado comiéndose las hojas de un árbol. Paloma no había visto nada semejante en su vida y le preguntó a la dueña:

-¿Qué hace esa vaca?

-Está intentando comerse las peras.

-Pero si están muy verdes.

-Ah, eso a ella le da igual.

La vaca seguía en su intento y como vi que no alcanzaba corté una pera y se la tiré. Parecía no haberse dado cuenta y desde luego no había visto dónde había caído pues era detrás de ella, pero lentamente reculó saliendo de debajo del árbol, dio media vuelta y al primer intento dio con la pera que le había lanzado. Para que luego pensemos que las vacas son tontas.

Seguimos el sendero y de pronto nos encontramos la agradable sorpresa de un sendero especialmente acondicionado para caminantes. El centro estaba empedrado con enormes losas de granito por donde se podría caminar con toda comodidad en caso de lluvia. Creímos que sólo duraría unos metros pero no, se ve que hay un intento de preparar verdaderas sendas para peregrinos, ojalá no sea un intento aislado.

En un puente Paloma decidió darse uno de sus baños de pies, no había ninguna prisa así que paramos y descansamos un rato, el lugar no podía ser más agradable. Cuando continuamos adelante salimos enseguida a la carretera donde coincidimos de nuevo con nuestros amigos. Estábamos llegando al final de la etapa, San Román de Retorta.

El alojamiento reservado estaba a varios kilómetros de allí pero en la reserva entraba el viaje de recogida y devolución en el mismo punto a cargo del hostelero. Llamamos por teléfono y nos dijeron que en media hora nos vendrían a recoger por lo tanto teníamos media hora para ver la iglesia y el cementerio cercanos y para ir al único bar y casi único edificio de la zona.

En el bar pudimos sellar las credenciales y pregunté por el refugio.

-El refugio está aquí -me dijo la dueña del bar- yo dejaba dormir a los peregrinos sin cobrarles nada pero vinieron de la Junta y me dijeron que tenía que cobrar.

-Bueno, ¿y por qué no?

-Es que además dijeron que tenía que hacer servicios y salidas de emergencia. qué se yo.

Estaba claro, el supuesto refugio no reunía las condiciones que marca la ley y a la propietaria no le compensaba montarlo como es debido-

Mientras estábamos esperando llegaron Ana y Vicente, el matrimonio de Oviedo, quienes también habían reservado habitación en el mismo sitio que nosotros. Al final los ocho íbamos a coincidir no sabíamos bien dónde.

Por fin llegó nuestro transporte. En un pequeño Opel Corsa nos metimos los dos matrimonios, no sé aún cómo pudimos entrar los cuatro más nuestra mochilas y el conductor pero lo cierto es que entramos. A unos diez kilómetros apareció nuestro destino: una gasolinera con bar, tienda y, por lo visto, hotel, en un cruce de carreteras, eso era todo.

Como es lógico en tales casos intentamos ir enseguida a la habitación, casi era mediodía, pero nos llevamos una sorpresa:

-Aún faltan algunas por arreglar. los peregrinos de ayer salieron tarde.

-Bueno, es igual, con una nos vale -dije para ver por dónde me salían.

-Ya pero es que no hay ninguna preparada.

Estaba claro, no habían hecho aún las habitaciones y nos tocaba esperar. Llegaron los otros cuatro y los ocho nos sentamos en la acera, a falta de sitio mejor, comiendo pipas de girasol. Un poco larga fue la espera, el cielo estaba gris y el ambiente de la gasolinera no resultaba precisamente lo que habíamos ido a buscar. De todas formas estábamos entre peregrinos y nos tomamos las cosas con buen humor.

Por fin nuestras habitaciones estuvieron listas, dos dobles y una cuádruple en la que nuestras amigas se instalaron con su Alexis que en su vida se había visto en nada parecido.

Ya era bastante tarde para comer y en la misma habitación, tras las habituales sesiones de lavado personal y de atuendo, comimos una lata de atún con un poco de pan, tampoco nos hacía falta más. Después durmimos una buena siesta, no se podía pensar en salir a dar un paseo, máxime cuando las nubes que nos habían protegido del sol durante la etapa se convirtieron en nubes de tormenta y comenzó a caer agua a torrentes.

Aproveché para escribir algunas notas en el cuaderno y hacia las siete y media conseguimos que nos dieran de cenar. El día no dio más de sí. En un salón-restaurant que era una de las principales instalaciones de la estación de servicio degustamos una buena cena. Después nos fuimos a dormir.

14ª Etapa

San Román-Melide. 30.8 km

04 08 04 Miércoles

El acuerdo con el hostelero-gasolinero establecía que nos llevaría de nuevo a San Román pero no la hora a la que lo haría. Además, al ser ocho los implicados debíamos esperar a que todos desayunaran antes de ponernos en marcha; mal asunto para nosotros acostumbrados a iniciar las etapas antes del amanecer.

A las siete y media estábamos todos en el bar, que acababa de abrir al público. Los demás desayunando, Paloma y yo esperando pacientemente. Cuando terminamos esperamos que nuestro chófer dijera algo pero no soltaba prenda, al final tuvimos que recordarle su compromiso y aceptó llevarnos a los ocho a la vez en un vehículo sin duda destinado normalmente a otros menesteres: una enorme furgoneta de carga.

En la cabina del conductor se acomodaron Ana y Paloma, todos los demás y las mochilas lo hicimos atrás. Recordaba una experiencia en una furgoneta similar en los Pirineos. Entonces la furgoneta iba llena hasta los topes, la gente se había puesto a gritar y hacer burradas y el oxígeno se había consumido enseguida. Como no era un vehículo acondicionado para llevar pasajeros no tenía ventilación por lo cual enseguida empezó todo el mundo a marearse y a ponerse pálido. Alguien avisó al conductor y detuvo el vehículo del que salió una lamentable muchedumbre de montañeros mareados y en pésimo estado. Esta vez las cosas transcurrieron por cauces más normales. Nadie gritó ni armó barullo pero Vicente y yo nos pusimos a hacer fotos con flash tratando de inmortalizar un viaje sin duda curioso. Los destellos del flash fueron mal interpretados por el conductor.

-¡La Guardia Civil!

-Bueno, ¿y qué? -le respondieron Ana y Paloma.

-Que nos quieren parar.

-Pues que nos paren.

-Yo os llevo porque me lo habéis pedido, que conste, os estoy haciendo un favor. -Dijo el conductor más bien asustado y buscándose una coartada.

Paloma se había dado cuenta de los motivos de su miedo y de la causa de los destellos.

-No se preocupe, no es la Guardia Civil, son esos dos que están haciendo fotos con flash.

-Ah bueno.

El hombre se había llevado un susto y no era para menos. Daba la sensación de tener montado un negocio un tanto sui géneris con esos transportes en furgoneta de mercancías y aquellas habitaciones alquiladas en lo que algún día sería un hotel normal pero que de momento no debía de tener todos los trámites completados. Se entraba por detrás, no se podía salir porque según nos dijeron se dispararía una alarma, no daban factura ni nada parecido y no había ni rastro de registro. Mejor no pensar. A nosotros nos había resuelto el problema.

En el mismo sitio en que nos había recogido nos despedimos de nuestro transportista-gasolinero-hostelero. Era algo más tarde de lo deseado, sobre todo porque teníamos una dura etapa por delante, pero el día no estaba de momento muy caluroso y cogimos el camino con

ánimo. Pasamos al lado de una copia de un milladoiro romano y entramos por lo que en su día fue una calzada romana. El camino era bonito y agradable a pesar de que abundaba el asfalto.

Durante un rato fuimos agrupados pero poco a poco nos distanciamos, cada pareja tenía su ritmo y enseguida quedamos Ana y Vicente por un lado, Miriam y Alexis por otro, Isabel y Marta por otro y los últimos Paloma y yo. El día era agradable, el paisaje bonito, el camino cómodo, no se podía pedir más.

Cuando ya llevábamos dos horas caminando y tras haber pasado Burgo Negral y Pacio dejamos de ver señales; vieja historia en el Camino del Norte. No nos podíamos haber desviado pero sí perdido algún desvío lateral, la eterna inquietud en este camino tan irregularmente marcado. Un campesino nos tranquilizó; el camino iba por allí, más adelante encontraríamos marcas. Bueno, eso esperábamos.

En una agrupación de casas, un sitio llamado Mosteiro según la guía, nos dimos de narices con una casa rural en cuyo jardín delantero estaban nuestros amigos sentados alrededor de una mesa reponiendo fuerzas a base de productos locales. Encuentro afortunado. Nos unimos al grupo y colaboramos en la tarea de terminar con una empanada y un queso extraordinarios. El típico tentempié de media mañana en el camino en compañía de los amigos y servido por un propietario de establecimiento de turismo rural amable y simpático. De esas cosas que sólo se viven sobre el camino y que tan buen recuerdo dejan siempre.

Justo al lado de la casa había un pequeño puente de piedra sobre un riachuelo. Era un puente romano perfectamente construido y conservado. Todos quisimos llevarnos algún recuerdo gráfico de esa maravilla que lleva ahí tantísimos siglos y posamos para las correspondientes tomas de instantáneas.

Una vez más nos pusimos en marcha juntos y una vez más nos fuimos separando. El camino seguía por carretera y poco a poco comenzó a subir. La guía indicaba una fuerte subida y unos "ventiladores" en el horizonte nos señalaban bien hasta dónde había que llegar. En un pueblo la carretera quedó atrás y salimos a un sendero libre de la típica vegetación gallega. Era algo sorprendente ver de pronto un terreno cubierto de matorrales bajos y flores de muchos colores en lugar de los espesos helechos y las sempiternas zarzamoras. En una zona bastante alta encontramos a nuestros amigos descansando, no hacía sol y se estaba bien allí admirando un panorama grandioso. Ellos se pusieron en marcha y al rato les seguimos.

Los molinos quedaron una vez más a nuestra izquierda y el camino inició un descenso, a partir de ahí teníamos doce kilómetros hasta Melide. Pero no iban a ser doce kilómetros fáciles. El sol, una vez más, apareció con la decidida intención de quedarse y recuperar el tiempo perdido. La temperatura subió casi de golpe y la marcha por carretera que sucedió al camino se hizo bastante incómoda.

En Vilouriz hicimos una parada para mojar los pies, comer algo y descansar un poco, la marcha se había hecho más difícil; entre el cansancio, el calor y el asfalto de la carretera Paloma empezó a sentirse incómoda. Habría que tomar las cosas con calma.

A la altura de Villamor tuvimos una de esas experiencias que hacen que el camino sea algo único. Pasábamos por delante de una vivienda como tantas otras, una casita con un pequeño jardín, y allí estaban sentados a la sombra un hombre y una mujer mayores, sin duda los propietarios.

-Buenos días.

-Buenos días, ¿cómo andan con este calor?

-Hay que llegar a Melide.

-Pero hace mucho calor, ¿por qué no se quedan a comer con nosotros?

-Muchas gracias, ya hemos comido.

-Es igual, pueden comer otra vez.

-De veras, muchas gracias.

-Como quieran, buen camino.

-Muchísimas gracias.

¡Qué gente! La casa no era en absoluto una mansión; aquellas eran personas sencillas, de las que sin alardes de ninguna clase querían mostrar su buena voluntad con un par de peregrinos y compartir con ellos lo que tenían. Difícil olvidar gestos como este.

Antes de llegar a Melide tuvimos que hacer otro descanso a la orilla de la carretera, los pies se calentaban y el asfalto no era el mejor de los terrenos; un rato a la sombra y sin zapatillas era algo indispensable para no llegar con los pies más dañados de la cuenta.

Por fin aparecieron las primeras casas de Melide, esperaba encontrar un lugar familiar pero la calle por donde entraba me resultaba completamente desconocida. El Camino Francés entra por otro sitio y hasta que no estuvimos en el centro no supe orientarme. En Melide no habíamos conseguido reservar alojamiento, nuestros amigos sí tenían pero nosotros habíamos llegado tarde y todos nuestros intentos habían fracasado. Ahora empezamos a preguntar en cada bar si conocían algún lugar donde pudiéramos alojarnos, en todos nos daban indicaciones pero cuando preguntábamos a los supuestos hosteleros nos encontrábamos siempre la misma respuesta: todo estaba a rebosar.

De momento lo urgente era ir al refugio y allí ver qué posibilidades había. Conforme nos encaminábamos íbamos comprendiendo que la cosa no sería fácil. Peregrinos y más peregrinos andaban de un lado para otro tratando de encontrar un sitio, cualquier sitio, donde pasar la noche. Vimos a una mejicana, un italiano, una japonesa. qué se yo. Nada, no había nada. En el refugio, un buen refugio pero completamente saturado, un hospitalero muy joven nos informó de la imposibilidad de alojarnos allí.

-Podéis ir al Palacio de Congresos, se ha habilitado sitio allí.

-¿Y no podríamos quedarnos aquí fuera?

-Si tenéis una tienda de campaña sí, además podríais usar las duchas y los servicios.

Aquello sonaba bien pero de todas formas quisimos hacer un intento en el famoso Palacio de Congresos. Habíamos visto el refugio lleno de un personal que de peregrino no tenía más que la credencial. Eran los típicos turistas aprovechadetes que caminaban un rato -o no caminaban en absoluto- y enseguida saturaban los refugios. Estábamos en el Camino Francés, en los últimos cien kilómetros y aquello era de esperar. A lo mejor el Palacio de Congresos resultaba un sitio habitable después de todo.

No llegamos ni a acercarnos. Por el camino encontramos una pareja que nos dijo que aquello era absolutamente inhabitable, la gente amontonada, pocos servicios y un ambiente espantoso. Estaba claro, nos volvíamos al refugio y allí intentaríamos montar nuestros ponchos a modo de refugio para pasar la noche, no sería para tanto. La perspectiva de la ducha era un aliciente más.

En el refugio tomé una ducha con ciertas dificultades, dejamos las mochilas y nos fuimos a cenar. Nos habían recomendado un restaurante que casualmente era el mismo establecimiento en donde estaban alojados nuestros amigos. Coincidimos con ellos en la animada cena, un buen momento de convivencia entre peregrinos. Nos contaron que les tenían alojados en un sitio inverosímil, sin duda ilegal, pero les habían resuelto su problema, el nuestro era más complicado pero saldríamos adelante.

Una noche en un refugio de ponchos o al aire libre es algo a lo que estoy más que acostumbrado, pero aquel sitio no me terminaba de convencer. El albergue estaba en una calle del pueblo, por lo tanto rodeado de casas y con abundante alumbrado público. El lugar donde poner la tienda, que no iba a ser la única pues había otro peregrino acampando, era un estrecho espacio de tierra polvorienta, sucio y mal oliente. Para que no faltase nada era también lugar de paso de los "peregrinos" alojados en el albergue en sus desplazamientos a buscar la ropa tendida.

Con ayuda de los dos bastones, los vientos y las clavijas coloqué los ponchos formando amplio refugio en el cual podríamos pasar la noche bajo techo. Para protegernos y proteger nuestro equipo de la abundante suciedad extendí por el suelo una hoja de plástico de unos dos por dos metros que llevaba con el fin de salvaguardarnos de la humedad del suelo en el caso de que la hubiere, caso que no se daba en aquel momento desde luego.

Apenas terminé la instalación dos niños de las familias alojadas se pusieron a jugar con una pelota al lado de nuestra "tienda". Estaba claro que aquellos críos no tenían nada de peregrinos, estaban de vacaciones baratas y ocupaban nuestro sitio en el albergue. Sus padres, o lo que fueran, por supuesto no se ocupaban de si molestaban o no. Dos veces la pelota llegó al pie de uno de los postes de nuestra tienda y ya estaba yo a punto de lanzarla a un patio vecino cuando Paloma, mucho más prudente y paciente, intervino.

-Has estado a punto de tirar mi tienda -dijo al niño que fue a recoger la pelota.

-No, no he tirado nada.

-No lo has tirado pero has estado a punto, y aquí es donde tengo que dormir yo.

Parece que eso les convenció y se fueron a otra parte. En ese momento una pareja de peregrinos italianos se nos dirigieron en su idioma. Nos explicaron que eran ciclistas, estaban alojados en el albergue y tenían una pequeña tienda que nos podían dejar. Lógicamente les agradecí el ofrecimiento, podíamos dormir muy bien bajo nuestros ponchos, pero ellos insistieron tanto que no nos quedó más remedio que aceptar.

Eran una pareja encantadora. Nimio y Luisa, dos chicos como de veinticinco años que montaron enseguida su pequeña tienda, cubrieron el suelo con sus esteras y se despidieron de nosotros diciéndonos que cuando saliéramos por la mañana la dejásemos montada que ya se ocuparían ellos de recogerla. Otro detalle maravilloso del camino, otro recuerdo inolvidable.

Aunque era muy pequeña, en la tienda cupimos nosotros dos y nuestras mochilas y pudimos dormir bastante bien a pesar del alumbrado, el ruido del pueblo y por supuesto las voces, gritos y carcajadas estridentes de la pandilla que invadía todo. Ya bastante tarde tuve que asomar y decir a un grupo entusiasmado al relatar la "terrible etapa de ocho kilómetros" sufrida en la jornada, que se fuera a contar eso un poco más lejos donde no molestara. Me dijeron que había otros hablando también a lo cual respondí que esos otros se podían ir también y así a lo mejor los peregrinos podíamos dormir.

Finalmente todo quedó en silencio y pudimos descansar, una noche de sueño reparador, la etapa prevista para el día siguiente sería de las más duras pero eso aún no lo sabíamos.

15ª Etapa

Melide-Lavacolla. 42.9 km

05 08 04 Jueves

A las seis sonó el móvil y nos empezamos a remover en el exiguo espacio disponible en la minúscula tienda. Había que tener cuidado al salir fuera porque el suelo estaba tan sucio que no se podía dejar nada en él. Sobre una tapia baja que delimitaba el terreno del albergue fuimos dejando todo nuestro equipo y sobre ella preparé el tradicional desayuno de todos los días.

Apenas habíamos terminado cuando aparecieron Nimio y Luisa a recoger su tienda. Les ayudé a plegarla y les agradecemos el favor que nos habían hecho, ellos rechazaron todo agradecimiento, eran peregrinos de verdad.

Con las primeras luces del día empezamos nuestra primera etapa en el Camino Francés, una etapa que ya habíamos hecho los dos y que tiene todo el encanto de las etapas clásicas de Galicia: corredoiras, bosques, pequeños pueblos, arroyos, hórreos, vacas paciendo en los prados, gentes amables. la peregrinación que todos soñamos.

En el camino empezamos a encontrar grupos de peregrinos, por fin, hasta entonces habíamos caminado prácticamente solos, ahora encontrábamos el camino ocupado por otros muchos caminantes. De todas maneras la mayoría no tenía pinta de haber cubierto un largo trayecto. Muchos caminaban sin mochila o con una pequeñita, otros llevaban los calcetines demasiado blancos, otros no estaban quemados por el sol en absoluto. Abundaba, más bien predominaba ampliamente, el género turista.

A las diez menos diez pasamos junto al albergue de Ribadiso. A esa hora estaba evidentemente cerrado pero a la puerta ya se había almacenado una enorme montaña de mochilas de todas clases y tamaños entre las que destacaban dos maletas negras. No pudimos menos de preguntarnos quienes serían esos peregrinos que a esas horas ya habían completado la etapa y llevaban su equipo en maletas, como los viajeros de avión. Igual no eran peregrinos de verdad ni llevaban su equipo, lo mismo no eran más que unos sinvergüenzas a los que un coche, más bien una camioneta a la vista del volumen de la carga, había llevado el equipaje hasta su "hotel", cualquiera sabe.

Un grupo de scouts nos llamó la atención, eran franceses y se veía que eran scouts por la pañoleta y algún elemento de uniforme, pero su aspecto general era de lo más desastrado. Caminaban sin mochilas y entre dos llevaban una gran cazuela que parecía muy pesada. No conseguían encontrar la forma de transportar con comodidad el recipiente y terminaron pasando un trozo de cuerda por las asas y agarrando uno de cada punta. Era sorprendente. Menos mal que al día siguiente, en Santiago, encontramos montones de scouts también franceses y de otras procedencias perfectamente uniformados, organizados y demostrando una educación y un saber estar poco frecuentes en nuestros días. Esos borraron la pobre impresión causada por sus colegas.

Poco antes de llegar a Arzúa coincidimos con nuestros amigos. Marta, Isabel, Miriam y Alexis tenían reservado alojamiento en una casa rural en Rúa. Ana y Vicente estaban como nosotros, a la aventura. Vicente nos dijo que iba a intentar conseguir una habitación en Lavacolla y eso me dio la idea de hacer lo mismo. El único problema era que entonces la etapa tendría que ser de cuarenta y tres kilómetros y no sabía si Paloma iba a estar por la labor.

En uno de los primeros bares de Arzúa se quedaron nuestros amigos. Nosotros continuamos un poco más adelante porque yo quería que Paloma conociera el sitio en que había cenado con ocasión de dos de mis caminos anteriores: un pequeño restaurante cuyo nombre

no recuerdo pero en el que siempre he cenado extraordinariamente bien por un precio increíble. Lo encontré sin dificultad y tuve la satisfacción de ser reconocido por su dueño.

Nos acomodamos en una mesa y pedimos un filete entre pan para cada uno. Mientras esperábamos llamé por teléfono y no sin ciertas dificultades conseguí alojamiento para nosotros dos en Lavacolla, no tendríamos más remedio que hacer una larga etapa pero confiaba en que Paloma resistiría, sobre todo si metía en mi mochila su saco, su neceser de aseo y algunas cosillas más. Llegaron nuestros filetes entre pan, deliciosos, una carne de ternera exquisita, y el precio. el habitual del establecimiento. Es un sitio al que volveré cada vez que pase por Arzúa. Lamento no recordar su nombre, está en una calle a la derecha de la carretera según se sale del pueblo y frente a una pensión, su dueño se llama Manolo, es cuanto puedo añadir y desde luego lo recomiendo sin ninguna reserva.

Como es natural el mismo establecimiento disponía de habitaciones y mientras estuvimos allí vimos entrar a varios peregrinos y similares buscando hospedaje. Uno en particular nos llamó la atención, un extranjero lesionado que acompañaba a una monja alemana vestida con hábito y portando mochila. Ambos tomaron la misma habitación. Como dijo Manolo: ¡Qué cosas se ven en estos tiempos!

Con la seguridad del alojamiento, y yo llevando una mochila algo más pesada de lo habitual, continuamos nuestro camino. El número de peregrinos que marchaban había disminuido notablemente. Como tantas veces hemos comprobado, a partir de las doce la mayoría ha buscado alojamiento y se ha tumbado a descansar. Los que continuábamos pertenecíamos al género de los que si consiguen refugio tienen que dormir en el suelo y lo más frecuente es que ni así. Nada nuevo.

Al poco rato nos volvimos a encontrar con nuestros amigos: Miriam, Isabel, Alexis, Isabel, Vicente y Ana, era la última etapa y sin ponernos de acuerdo ya continuamos todos juntos hasta Rúa donde los cuatro primeros tenían su reserva. En medio del camino aparecieron unos peregrinos algo particulares, un hombre mayor y su hijo acompañados por dos grandes perros: un pastor alemán y un labrador. Ambos animales caminaban sueltos y no se separaban de sus amos que los controlaban continuamente; se les veía entrenados y perfectamente a gusto en el camino y para que no hubiera dudas los dos llevaban colgada del collar la vieira correspondiente. Por lo que sus amos nos dijeron caminaban muy bien y de momento no se habían resentido de las patas, el punto débil de estos animales cuando hacen caminatas tan largas. Desde luego así; cuidándolos, alimentándolos debidamente, vigilando su estado y controlando en todo momento su comportamiento, se pueden llevar perros al camino, perros y hasta panteras de Java.

En uno de los tramos de corredoira, ya cerca de Arca, nos llamaron la atención las luces de una ambulancia. En el suelo, tumbada sobre una estera, yacía una peregrina desmayada a la que estaban proporcionando cuidados. Le había dado un soponcio a causa del agotamiento y no es fácil saber por qué pues nos dijeron que había caminado muy poco y con una mochila de jersey y bocadillo. No parecía muy grave el caso y nos animó el comprobar que los servicios de urgencia funcionaban tan bien allí como lo había hecho el servicio de bomberos de Villaviciosa cuando me sacó de la trampa de los espinos pocos días antes.

En Rúa nos separamos; la gente joven se quedó allí, los dos matrimonios continuamos camino de Lavacolla, aún un poco más lejos. Al pasar a la altura de Pedrouzo vimos una instalación enorme, una especie de campamento en donde había alojados infinidad de jóvenes. Allí nos encontramos con los peregrinos aragoneses a quienes habíamos perdido de vista en San Román. Estaban refugiados en aquella instalación y nos aseguraron que aquello era un hormiguero. Se veía claramente que la invasión de peregrinos era difícil de manejar y se habían desbordado las previsiones. Por todas partes se movían cientos de personas, algunas de las cuales eran peregrinos desde luego, pero la mayoría. mejor no pensarlo.

El calor volvió a apretar, de nuevo las nubes se habían disipado y los tramos sin sombra se convirtieron en una pesadilla. Afortunadamente la sombra abundaba, no estábamos demasiado agotados, no nos faltaba el agua y el final estaba cerca así que continuamos con buen ánimo atravesando los frondosos bosques de eucaliptos. Era un recorrido para mí muy familiar y en cada sitio encontraba algún recuerdo; la mañana en que había desayunado en aquel bar improvisado, la foto bajo el hórreo atravesado sobre el camino, la comida sentado en el tronco a la entrada de un bosquecillo, la pareja de ciclistas que me pidieron agua. El camino acumula recuerdos y más recuerdos pero siempre es diferente.

En compañía de Ana y Vicente alcanzamos el lateral de la pista de vuelo del Aeropuerto de Santiago, descendimos por debajo de las luces de umbral de aproximación, ascendimos por el lado contrario y finalmente llegamos a San Paio. Allí nos separamos, nosotros nos dirigimos hacia el aeropuerto, ellos hacia su hotel.

Nuestro alojamiento no era gran cosa pero al menos disponíamos de una habitación para nosotros dos, un cuarto de baño y una ducha de agua caliente. No podíamos desear más dadas las circunstancias. En la misma habitación hicimos la colada, tendimos, nos pusimos los atuendos "de soirée" y nos dispusimos a salir. Muy cerca teníamos un excelente restaurante y allí fuimos en busca de la apetecible cena.

En la mesa contigua a la nuestra se sentaron tres peregrinos andaluces. Les oímos comentar sus impresiones y enseguida entramos en conversación. Venían de Córdoba, habían dejado a las familias veraneando y ellos tres habían hecho el camino desde Sarria. No eran unos caminantes muy expertos pero se habían metido en la aventura y habían hecho su peregrinación con total seriedad, sin ningún apoyo. Estaban encantados con la experiencia y daban la sensación de que algún día repetirían.

Terminada la cena volvimos a nuestro alojamiento y a la hora habitual estábamos en la cama, podíamos soñar con la entrada en Santiago, faltaban horas, pocas horas.

16ª Etapa

Lavacolla-Santiago. 10.2 km

06 08 04 Viernes

No necesitábamos amanecer muy pronto, la etapa era muy breve, apenas un trámite, pero no queríamos que nos pillara el calor en la subida al Monte del Gozo y por ello hacia las siete, tras nuestro habitual desayuno de etapa en la habitación, nos pusimos en marcha.

Hasta enlazar con el camino anduvimos por un lateral de carretera, no recordaba haber pasado nunca por aquellos lugares y hasta que no cruzamos el camino no me vi en un lugar familiar. Pero llegamos a las señales, pasamos un puente sobre el famoso arroyo que dio lugar al nombre del paraje y nos encaminamos hacia el monte del Gozo en compañía de unos peregrinos de Móstoles -un pueblo cerca de Madrid, me aclararon. No pude menos que sonreír al recordar que allá por 1963 ya había estado en Móstoles donde me habían contado la historia de Don Andrés Torrejón, su célebre alcalde, y que desde entonces había visto cientos de veces aquel pueblo durante los años en que trabajé en Madrid y luego en Getafe.

Poco antes de llegar al Monte del Gozo encontramos un pequeño bar que hacía su agosto dando de desayunar a montones de transeúntes. Era nuestra hora de desayunar por segunda vez e hicimos la parada correspondiente. Entre la clientela que abarrotaba el local abundaba el género turista en competencia con el coleccionista de sellos de credencial. Peregrinos no se veían, al menos no a simple vista.

Enseguida llegamos al Monte del Gozo, subimos al monumento y vimos Santiago. Tuvimos un recuerdo para nuestros predecesores en tal lugar y también experimentamos una cierta emoción al contemplar la ciudad, meta de nuestro periplo. Tratamos de ver las torres de la catedral y no lo conseguimos. Santiago es lo que es; una ciudad moderna en donde se desarrollan muchas actividades propias de los tiempos que vivimos, no se puede esperar que las bonitas perspectivas sin duda contempladas por los peregrinos de antes estén aún a nuestra disposición. Bastante suerte tenemos con que exista la catedral, el casco antiguo, los hermosos edificios, las calles de siempre y hasta un cierto respeto por el entorno que ha salvado la ciudad de ser engullida por barreras de rascacielos.

En competencia con bandadas de turistas conseguimos hacernos varias fotos en el monumento de la cima y después emprendimos nuestro descenso hacia la ciudad. Aquello ya era una corriente de caminantes de todo pelaje, nosotros teníamos que abstraernos y vivir nuestra llegada a destino. Bajamos las escaleras, cruzamos el puente y llegamos al nuevo monumento de la entrada. Es un monumento moderno con el cual se ha pretendido dedicar un recuerdo a los peregrinos de todo tiempo a través de una serie de esculturas de personajes ilustres que en diversos momentos de la historia peregrinaron a Santiago. El conjunto nos gustó pero puede ser juzgado de muy diversas maneras.

Seguimos adelante, la Puerta del Camino, la calle de las Casas Reales, -¡Doña Leonor de Guzmán y su fantasma!- la Plaza de Cervantes, -Casa Manolo cerrado de momento- nos acercábamos a la catedral y nos sentíamos en ese mundo especial, personal y exclusivo de todos los peregrinos que van llegando a la Plaza del Obradoiro habiendo cumplido de verdad la peregrinación. La catedral a la izquierda, el arco de piedra enfrente, música de gaita y por fin, con temblor en las piernas, lágrimas en los ojos y trémolos en la voz descendimos la última escalera y desembocamos en esa antesala de la Gloria que es el Obradoiro.

Debía de haber mucha gente, seguro que la había, pero para nosotros dos no había más mundo que el nuestro; las losas del suelo, el Hospital de los Reyes Católicos a nuestra izquierda, el Pazo Raxoi detrás, el edificio bajo de piedra a la derecha y la imponente mole de la catedral enfrente. Habíamos llegado, estábamos allí, ante la increíble filigrana de piedra que

alberga el sepulcro del Apóstol. Nos fundimos en un largo abrazo, lo habíamos conseguido, habíamos llegado caminando juntos y superando muchas dificultades y muchos malos momentos, disfrutando también muchos otros. Estábamos allí, donde tantos miles y miles de seres habían llegado antes que nosotros a lo largo de más de un milenio. Se paró el tiempo, no había más que el cielo, el suelo y la historia a nuestro alrededor. Recordé a mis hijos, a mis amigos, a cuantos me habían dado ánimos, a quienes me habían ayudado a llegar, a quienes se habían interesado en una u otra forma por mi peregrinación. Les abracé a todos en mi interior.

Nos dirigimos a las escaleras, aunque no entrásemos en la catedral había que subir los escalones de la entrada. Mucha gente, muchos turistas, pero nosotros estábamos allí con todo el derecho del mundo. En las escaleras nos hicimos algunas fotos, nadie nos molestó, se notaba una especie de respeto por dos peregrinos con aspecto inequívoco de tales. Volvimos a la plaza y nos dirigimos a los soportales del Pazo Raxoi, quería tener un momento para un viejo peregrino, Ludovicum, quien había compartido su último camino con sus amigos a través de internet y nos había dejado para siempre poco tiempo después. Él había estado bajo esos mismos soportales y yo quería rendirle un último homenaje. Desde allí miré la catedral, las dos imponentes torres que él también había admirado y al seguir con la mirada las agujas de piedra tuve la impresión de que allá en lo alto él me hacía un guiño cómplice.

Pasamos a la Quintana a ver las posibilidades de entrar por la Puerta Santa. El sol pegaba de firme pero la cola era enorme. Se movía con desesperante lentitud y entendimos que no valía la pena la espera, volveríamos en mejor momento. En la Casa del Peregrino la cola para obtener la Compostela subía por la Calle de Gelmírez hasta perderse de vista. Ni pensar en hacer varias horas de espera.

Nuestro hijo nos había reservado habitación en Santiago. Yo le había dicho que empezara a buscar por el Hostal de los Reyes Católicos y fuera descendiendo hasta conseguir algo. Tuvimos suerte y no en el Hostal, lleno hasta Noviembre, sino en el Hesperia Compostela nos había reservado una magnífica habitación. En ocasiones anteriores yo había ido al seminario, como cualquier peregrino digno de tal nombre, pero quería tener una atención con Paloma quien tanto ánimo había demostrado y que, mujer al fin, apreciaba enormemente estos detalles.

En el hotel dejamos el equipo, nos duchamos, nos cambiamos de atuendo y salimos a reunirnos con nuestros amigos, compañeros del Camino del Norte, que nos habían telefoneado para darnos cita en un bar próximo a la Quintana. Les encontramos enseguida y pasamos un rato estupendo en un bar sentados alrededor de unas mesas tomando unas cervezas y recordando anécdotas de nuestra peregrinación. Nos hicimos algunas fotos, intercambiamos direcciones e.mail y postales y, como siempre en estos casos, con un nudo en la garganta nos separamos. Ana y Vicente, deportistas y montañeros, habían sido unas personas encantadoras con quienes había sido un placer convivir. Miriam, Isabel, Marta y Alexis eran un grupo que sólo se puede formar en el camino. Habían hecho una peregrinación impecable, compartiendo, sabiendo estar y contagiando su alegría de vivir. Creo que todos volverán al camino, eran peregrinos de verdad y creo sinceramente que el camino no se termina nunca para quien lo vive de verdad.

Comimos en un pequeño restaurante del centro y después tratamos de resolver el problema del regreso a Madrid. En la estación nos confirmaron lo que nos temíamos; no había nada hasta el día siguiente por la noche y lo que había no era nada cómodo, dos literas y cada uno por un lado. Aquello no nos apetecía y vimos la posibilidad de alquilar un coche. No había coches pequeños y el que se nos ofrecía salía por un precio prohibitivo. Recurrimos al último procedimiento: llamar a nuestro hijo mayor y que fuera desde Madrid a buscarnos. Funcionó; se pondría en camino al amanecer, comeríamos los tres en Santiago y volveríamos a Madrid por la tarde.

Pasamos el resto del día paseando por un Santiago agobiante. La campaña del Xacobeo ha tenido éxito, mucho éxito, la ciudad se ha llenado y uno se podía encontrar una expedición de la tercera edad de Alicante, varios miles de Scouts franceses, unas peregrinas holandesas que habían llegado pedaleando desde su patria o una agrupación religiosa de Calanda que con sus imponentes tambores, sus estandartes religiosos y sus cofrades vestidos de Semana Santa tomaban la Plaza del Obradoiro. Todo ello mezclado con actuaciones, por lo visto artísticas, en cualquier plaza. Seguramente tenía que ser así, pero para quienes hemos peregrinado más veces y vivido un Santiago acogedor, tranquilo y lleno de encanto, aquello no era precisamente evocador.

Para cenar fuimos a Casa Manolo, como procede en todo peregrino informado, y allí estuvimos haciendo cola esperando a que abrieran. Mientras esperábamos vimos aparecer a Nimio y Luisa, los peregrinos ciclistas italianos que nos habían prestado su tienda de campaña en Melide. Nos dijeron que en su guía, una guía italiana, figuraba Casa Manolo como restaurante recomendado, no me sorprendió.

Abrieron y entramos en tropel, el restaurante se llenó y como siempre quedaron clientes a la espera. Aquello estaba organizado y enseguida se nos atendió y disfrutamos de una de las copiosas cenas que han dado justa fama al establecimiento. Nimio y Luisa estaban en una mesa algo separada de la nuestra y cuando terminamos y fuimos a pagar pagamos también su cena. Un camarero fue a decirles que estaban invitados y cuando les explicaron que les invitábamos nosotros quisieron oponerse. Les convencimos de que aceptaran, para nosotros era una auténtica satisfacción poder corresponder aunque fuera mínimamente al extraordinario detalle que habían tenido al prestarnos su tienda de forma tan amable y desinteresada. Nos despedimos de aquellos amigos con la sensación de haber encontrado a una pareja de peregrinos de las que hacen que siga mereciendo la pena la peregrinación.

Después de un paseo maravilloso por Santiago nos fuimos a dormir, teníamos la intención de madrugar al día siguiente para visitar la catedral como es debido

Hasta siempre Santiago

Amanecemos a la hora habitual del camino, las seis de la mañana. No teníamos que andar pero tampoco queríamos volver a la vida normal sin haber rematado debidamente nuestra peregrinación. La catedral nos esperaba.

Desayunamos rápidamente en la habitación, al estilo del camino, y dejando todo allí salimos al fresco de la mañana. Era sábado y la juerga de la gente joven se había prolongado hasta las horas habituales pues cuando alcanzamos la calle todavía vimos grupos que no habían terminado su festejo. Aun así las calles principales estaban oscuras y silenciosas, después del barullo de la tarde anterior aquello era una bendición. Se pisaban las losas y se podía oír el ruido de los pasos, los faroles estaban encendidos, las torres se recortaban contra un cielo apenas empezado a iluminar. Era el Santiago que busca el peregrino y tan difícil de encontrar en esta época, al menos en esas fechas.

Al pasar junto a la Casa del Peregrino vimos una enorme línea de cuerpos durmiendo a la puerta sobre esteras en sus sacos de dormir. Hasta las nueve no se abría pero ya había gente como para pensar en una espera de más de cinco horas. Decididamente la Compostela de esta peregrinación quedaría para mejor ocasión.

Llegamos a la Quintana; acababan de abrir la Puerta Santa pero ya había unos cuantos metros de cola. Ocupamos nuestro sitio y esperamos, no podía ser de otra manera. La cola se movía despacio, muy despacio, pero aquello valía la pena. La luz iba ganando terreno, las piedras de la catedral y los edificios de alrededor fueron cambiando de color, amanecía en Compostela y nosotros íbamos a atravesar la Puerta Santa, nada menos que la Puerta Santa.

Llegó nuestro turno, ya estábamos en el interior de la imponente catedral, el punto de cita de tantos seres movidos en busca del mismo ideal inalcanzable. Subimos a dar el abrazo al Apóstol, allí estaba, allí nos había estado esperando. Todo pasó muy deprisa por mi mente: la peregrinación, los amigos, los meses de espera, los mensajes de ánimo de tantos amigos que ahora estaban conmigo allí, en aquel lugar tan especial, la sensación de seguir en marcha, de haber llegado para volver a comenzar.

Ante el arca de plata nos paramos un largo instante. Aquel Hijo del Trueno nos había convocado allí, precisamente en aquel lugar. Sería cierto o falso, milagroso o preparado, manifestación de un poder supremo o manipulación de un poder terrenal. No importaba, nadie podía negar que aquel sepulcro era un lugar mágico y que aquel Santiago que siguió a Jesucristo, dos mil años después seguía teniendo un poder de convocatoria que ya quisieran muchos políticos de nuestros días.

Visitamos el Pórtico de la Gloria, la maravilla de las maravillas de la escultura románica. Pusimos la mano en la columna y recorrimos el templo ya invadido por multitud de personas de todo pelaje y procedencia. Llamaban la atención los Scouts franceses, se les veía en su mayoría serios, organizados, en forma, disciplinados y educados. Baden Powell su fundador se podría sentir orgulloso de su obra.

En la primera columna de la izquierda del crucero, mi lugar favorito en la catedral, pasé los dedos por la marca de cantero y me senté un rato a meditar. Había llegado y no había sido fácil. Una vez más estaba allí y una vez más había sido ayudado eficazmente; muchos amigos habían estado conmigo, unos en presencia, otros en la distancia, di gracias por todos. Me sentía feliz y sabía que algo sería mejor en mi vida a partir de entonces.

Dijimos adiós al apóstol y salimos del templo, allá quedaban montones de personas disputándose un sitio, empujándose por abrazar al santo, por tocar la columna y darse de coscorrones con el supuesto retrato del Maestro Mateo. Demasiada feria. La plaza estaba invadida, completamente invadida y nos dirigimos al encuentro de nuestro hijo que ya nos había anunciado su llegada.

Nos reunimos con él en una de las calles principales. Juntos fuimos a comer a un buen restaurante próximo a la catedral y tras recoger nuestras mochilas en el hotel emprendimos el viaje de regreso.

Salimos de Santiago, la peregrinación había terminado, volvíamos a la vida normal, la de todos los días, la que no tenemos más remedio que llevar porque el mundo en que vivimos es como es y, afortunadamente, no como creemos que nos gustaría que fuera. Aún era pronto para analizar sentimientos, para hacer un balance de la peregrinación, pero si algo tenía claro era que, una vez más, acababa de iniciar una nueva etapa, ese camino que empieza cuando se llega a Santiago se había iniciado de nuevo y sabía que volvería a peregrinar. Quien de verdad es peregrino lo es para siempre.

FIN

Bruno Leonés